

# LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año II

BARCELONA, 1.º DE FEBRERO DE 1884.

Núm. 17

## GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



TEODORA LAMADRID, dibujo original de P. Ross.

LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER se asocia al sentimiento general producido por la prematura muerte de la distinguida **Sra. D.<sup>a</sup> MARTINA CASTELLS DE CONSTANTÍ**, que tantas simpatías y aprecio había sabido granjearse, por su carácter, en el trato social, como por su talento en la esfera de las ciencias, siendo la primera que había alcanzado en España el honor de llevar el más alto título universitario en la difícil carrera de la medicina.

Nuestras lectoras, que por la biografía que de ella hemos publicado, conocen más detalladamente los esfuerzos, energía y sacrificios con que llegó á esa envidiable altura, casi dentro de los límites de la juventud, sabrán comprender lo sensible de tamaña pérdida así para su familia y sus amigos como para la ciencia y la sociedad en general, que pierde en ella un dechado de lo que podemos llamar la mujer verdaderamente ilustrada y virtuosa.

#### SUMARIO.

TEXTO.—EL SANTO MATRIMONIO.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Teodora Lamadrid, por *Doña Josefa Pujol de Collado*.—**MARTINA CASTELLS DE CONSTANTÍ**, DOCTORA EN LA FACULTAD DE MEDICINA, por *Esmeralda Cervantes*.—EXPLICACIÓN DE GRABADOS.—SUEÑOS DE AMOR, por *D. Carlos Cano*.—**UNA MÁRTIR**, por *D. Manuel del Palacio*.—REVISTA MADRILEÑA, por *D.<sup>a</sup> Josefa Pujol de Collado*.—LA MUJER RUSA EN EL SIGLO XVII, por *Airi-Vank*.—CUENTO TURCO, por *D. Nicolás Díaz de Benjumea*.—APUNTES PARA LA HISTORIA DE LOS ESTUDIOS MÉDICOS DE LA MUJER, por la doctora *M. O. Prujanskaya, de Moscú*.—MISCELÁNEA.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Teodora Lamadrid, dibujo original de *P. Ross*.—LA PROMETIDA, copia del cuadro de *W. Grab*.—LA PRIMERA NUBE, copia del cuadro de *Carlos Raupp*.—RECUERDO TRISTE, copia del cuadro de *L. Kulsn*.—EL HAREM, copia del Cuadro de *A. de Cramer*.

REGALO Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS: ESPERANZA, melodía para piano, por el maestro *A. S. Capa*.

### EL SANTO MATRIMONIO.



ABÉIS oído hablar de la santidad de la familia y de la santidad del matrimonio?

Yo, lectoras mías, he leído esas frases muchas veces; pero es en libros de letras góticas, de impresión antiquísima. En cambio, he oído mucha befa y escarnio, y pullas y epigramas contra esa que nuestros abuelos lamaban augusta institución.

Ahora bien, la sociedad no puede ser indiferente á la vista de cambios tan opuestos. Si se quiere que una institución sea venerada, hay que hablar de ella con respeto. Si se la hace blanco de rechifla y del ridículo, caerá en menosprecio para no levantarse nunca.

Hace tiempo que el matrimonio es como el Judas de un perpétuo Sábado Santo en la sociedad. Le han sacado al balcón del nuevo Pilatos, con los pueros cervinos por corona, una pobre manta sobre las costillas y una cruz en las manos, para que sirva de diversión á la plebe.

Y como nada se hace impunemente y todo acto trae sus consecuencias, la sociedad que, junta, sabe más que Salomón y los siete sabios de la Grecia, vió á qué vientos iba esta parva, y presintió que la mujer vendría á ser la víctima de semejante juego. De modo que cuando vemos al bello sexo pedir su libertad, la igualdad de derechos y una educación superior, se nos viene á la mente que ejercita un acto de defensa propia, que pide simplemente condiciones de vida para el porvenir, que pelea, en suma, por la existencia.

Desde que esta razón suprema empieza á vislumbrarse, el movimiento emancipador adquiere santidad y aumenta en importancia. Los sabios que le notaron en su principio, pasaron por locos. Los hombres se han reído á su sabor de la pretensión de las mujeres. Hoy se ríen menos; mañana acabarán por mor-

derse los labios, y decir *sotto voce*: «tenían razón».

Algún error funesto debe existir en la constitución del matrimonio y en el seno de la familia, cuando al cabo de tantos siglos de existencia los vínculos de esta se relajan y la santidad de aquel desaparece.

Pero antes de señalar el mal y su remedio, conviene disipar toda duda sobre la verdad de estos tristes aforismos.

Conviene además advertir, que no las mujeres, sino los hombres, han sido los zapadores de estas instituciones. Las mujeres no escribían en los pasados siglos, y la guerra contra el matrimonio data desde el renacimiento literario.

El movimiento anti-nupcial ha llegado á proporciones alarmantes en nuestros días. El odio es el sentimiento, el excepticismo, la creencia, la mofa, el sistema, el desprecio la marca de saber mundano que han de distinguir á los jóvenes del día cuando se trata de maridaje.

No hay novela ni drama que no funde el éxito en el desorden de la familia y en la burla contra los maridos. En otros tiempos se pintaban cuadros halagüenos del hogar, y para el juego ó interés dramático, ahí estaba la mujer dispuesta á ser la víctima, tolerando con paciencia la autoridad, los caprichos, infidelidades y calaveradas de los maridos.

Esto se desechó por tonto y monótono. Además, ¿no nació la mujer para sufrir? Tomad por tipo la heroína de Eguilaz en *La Cruz del matrimonio*. Lo que hace el autor es crear un ángel que puede ir de su casa al cielo. Pero volvamos la oración por pasiva. Pintemos, se dijeron, un marido resignado á las locuras de su mujer, y resulta un pacato, un Don Simplicio.

No hay más remedio que imitar á Molière con seriedad. Crear Sganarelles de pelo en pecho, capaces de escándalos, desafíos y envenenamientos. Maridos á lo Otelo, ó mejor dicho, á lo Carlos, de *El Nudo Gordiano*, que tiran balazos en público, para que resuenen en la vecindad, y luego se van á la cárcel arrastrando su honra. Si, las mujeres víctimas no son más que idilios de familia. Después de todo, ¿ison tan bellas cuando lloran! Lo temeroso es ver á un marido-león, como Carlos cuando exclama: «¿rujo ó jimo?»

Pero esto duró poco. Se dejaba la puerta abierta para hacer del marido un héroe el día en que se le antojase *rugir* ú oler á hombre. Todos esos arrebatos, celos y castigos, no es más que *hacer una plancha*. Ya habéis visto que la sociedad prohíbe la ejecución pública de los reos por miedo al contagio, por temor de que alguno se aficiona á esta operación y quiera morir, teatralmente, silbado ó aplaudido por las turbas. La sociedad exige lo mismo de los esposos. Si han de ser ejecutados por sus mujeres, que lo sean de puertas adentro, sin que nadie se percate de la faena. Bastantes tramojos y sinsabores tiene cada hijo de vecino para que venga un señor marido á representar escenas lastimosas en la plaza.

Resultado, que al tal matrimonio no hay ya por donde cogerlo. Los escritores de chispa llaman desesperados ó locos á los que piensan en casarse. Los maridos llevan nombres de predestinados, primos, bobos y editores responsables. Ya se conoce una nueva clase de seres. El mundo se compone, dicen, de hombres, mujeres y maridos.

¿Qué es el matrimonio? Y contesta un imberbe: La tumba del amor. Otro más cínico le define: Una mujer de más y un hombre de menos.

No hay duda que hemos venido á buen puerto al cabo de seis mil años de navegación según Moisés.

El daño está en que se han probado dos medios, que podríamos llamar dos extremos, y ambos son ineficaces. El paganismo hizo á la mujer esclava, y al cabo de siglos resultó «el hogar frío, la mesa húmeda, el tálamo helado», como dice Michelet. El romanticismo divinizó á la mujer, y al cabo de años resulta «el tálamo helado, la mesa muda, el hogar frío».

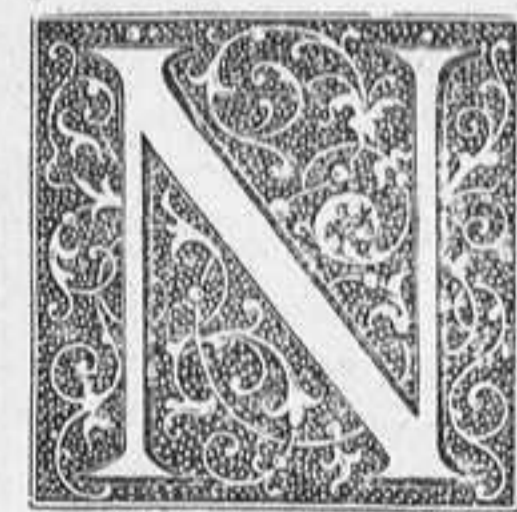
Ni lo uno ni lo otro. Ni esclava ni diosa. El hombre no es un paria ni un Júpiter; es hombre. La mujer tampoco debe ser sierva ni ídolo, sino simplemente mujer. Por cuenta de ser esclava, se la hundió en el cieno, y por cuenta de ser diosa se la elevó á los cielos, y de ambos modos quedó sin ser criatura racional é ilustrada.

Hé aquí la base que faltaba al matrimonio; hé aquí lo que traerá vida al tálamo, vida á la mesa, vida al hogar. Porque, bien lo sabéis, burladores en apariencia, el matrimonio ha de vivir, y con salud de hierro, hasta la consumación de los siglos, y á la mujer está reservada la gloria de regenerarlo. El hombre casado ha vivido con el pié sobre la esclava,

buscando á la esposa, ó hincado ante la diosa, buscando á la mujer. El ideal verdadero de la compañera ha sido una aspiración, una profecía que no tardará en realizarse cuando sea un hecho la educación intelectual del bello sexo.

### GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

#### TEODORA LAMADRID.



o podemos escribir su biografía, como era nuestro deseo, ni siquiera unos breves apuntes según venimos haciéndolo con todas las mujeres notables que figuran en nuestra *Galería*. La voluntad expresa de la insigne actriz nos lo impide,

á pesar de nuestros ruegos. Teodora Lamadrid no quiere que se publiquen notas ni recuerdos de sus envidiables triunfos escénicos mientras viva, y no nos queda otro recurso que respetar su voluntad. Comprendemos también, por otra parte, que artistas de su talla pueden prescindir de la consiguiente y obligada biografía, al dejar que se publique su retrato.

¿Habrá alguien en España que no conozca á esa gloria de nuestra escena? ¿es posible que quien haya admirado una vez el mágico poder, la poderosa atracción que ejerce en el fascinado público esa predilecta hija del arte, pueda olvidar el nombre de Teodora Lamadrid? La Fama ha proclamado sus méritos escribiendo así su biografía, mejor, mucho mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros.

A falta de datos biográficos, daremos cuenta á nuestras lectoras de la entrevista que celebramos con la eminente artista al pedirle su retrato en nombre de la empresa de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER.

No es ciertamente Teodora Lamadrid un sér que una vez visto pueda olvidarse fácilmente, hay en toda su persona atractivo tal, tan irresistible encanto, aquella voz es tan armoniosa, dulcísima, son aquellos ojos vivos, expresivos, tan inteligentes que, á despecho de la edad, dejan adivinar el fuego no extinguido del genio, sus maneras aristocráticas, su trato amabilísimo ejercen fascinación tan completa, que no es posible olvidarla como no se olvidan tampoco sus elevadas ideas, su profundo tacto y la facilidad de expresión que la caracteriza.

Al fijar nuestra mirada en los cabellos blancos de Teodora Lamadrid, al seguir los movimientos todos de aquella hermosa cabeza que tantos laureles ha ceñido, nos preguntábamos con dolor, quién á la muerte de la insigne artista recogerá su herencia de gloria en esta época de fatal decadencia para el teatro español. ¡Quizá nadie, á pesar de los esfuerzos y del amor con que Teodora Lamadrid trabaja en su cátedra de declamación para facilitar los comienzos de la carrera artística á sus jóvenes discípulas!

En vano mientras duró nuestra entrevista dirijíamos por do quiera la mirada, buscando á nuestro alrededor algo que nos recordara los pasados triunfos de la artista; sólo en un elegante velador vimos el retrato que reproduce nuestro grabado, representando á Teodora con el traje de época, propio de una de sus obras predilectas, y apoyadas en artístico mueble dos soberbias coronas de las cuales pendían dos hermosas cintas, cuya sentida dedicatoria nos hizo el más cumplido elogio de la grandeza de alma que distingue á la célebre actriz.

Teodora Lamadrid se ha despedido por completo del teatro, renunciando á los tentadores halagos de esa gloria, que es el constante deseo de las grandes naturalezas, capaces de sentir y de apreciar la belleza en las deslumbradoras cimas del arte; sólo una apacible y dulce sonrisa entreabre sus labios cuando sus admiradores le recuerdan que ha sido el hermoso astro de nuestra escena, y que es una de las glorias que más enorgullecen á la actual generación.

Dando al olvido su espléndida carrera artística, retirada en su tranquilo hogar, dos rasgos nos pintan elocuentemente su humildad cristiana y la grandeza de su alma; todas las coronas que le recordaban sus triunfos escénicos las ha colgado como valiosa ofrenda en el risueño templo del barrio Monasterio, y las únicas que conserva, de las cuales hemos hecho mención, las debe á la gratitud de las provincias de Levante. Cuando aquellas hermosas comarcas españolas se vieron afligidas por la inundación, Teodora Lamadrid, conmovida por tanto infortunio y dejándose llevar por los impulsos de su noble cora-

zón, abandonó inmediatamente su retiro, su nombre apareció de nuevo en los carteles teatrales y volvió á pisar la escena española en compañía de su hija, para secundar la obra benéfica, emprendida en obsequio de las desgraciadas familias de Levante. Entonces los pueblos socorridos de tan generosa y artística manera ofrecieron á Teodora Lamadrid las dos coronas que atestiguan su gratitud. Hoy no es la artista quien conserva aquellas coronas en memoria de uno de sus más nobles triunfos, es la mujer, que contempla en ellas simbolizadas las muchas lágrimas vertidas por los habitantes de una de las más bellas comarcas españolas, y que ella enjugara con su espontáneo y noble arranque.

Repetimos que no nos es posible escribir la biografía de Teodora Lamadrid; no importa, sus triunfos, sus méritos, quedan escritos en la memoria de todos, y mientras esperamos que las generaciones futuras saluden su nombre como el de una de las más grandes glorias de la escena española, para encontrar á la admirable actriz que llenó con su fama los anales del teatro contemporáneo, nos ha sido preciso apartarnos del centro tumultuoso de Madrid y descubrir su apacible refugio en el apartado barrio Monasterio, refugio que sólo por amor al arte abandona diariamente unas cuantas horas, con objeto de trasladarse al *Conservatorio nacional de música y declamación*, donde con verdadero amor cuida de familiarizar con los secretos del arte á sus numerosas discípulas.

No podemos añadir nosotros una sola hoja de laurel á la gloriosa corona que ciñe la frente de la actriz insigne, pero desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN nos consideramos dichosos, tributándole el más cumplido testimonio de nuestra simpatía y respetuosa admiración.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

## Á Martina Castells de Constantí

DOCTOR EN LA FACULTAD DE MEDICINA.



ECIBE, genio catalán, la modesta hoja de laurel que añado á tu corona ganada con el estudio y la perseverancia.

Prescindiendo de las mezquinas preocupaciones que desgraciadamente abundan tanto en nuestra patria, te lanzaste al campo del saber, y haciéndote grande entre los grandes, fuiste coronada con el birrete de doctor, siendo la segunda en España que ostentara tal insignia.

La primera goza en la gloria el título de santa, y en cuanto á tí, Martina, la historia escribirá con letras de oro tu nombre en el monumento de las glorias catalanas, más duradero que el de la vanidad y el orgullo.

No lloreis, esposo querido, padres amados; es más feliz que vosotros: al separarse de esta vida de miserias, de engaños y de intrigas, velará por cuantos amó en el mundo mejor á que ha volado y en donde continuará la carrera que había emprendido, toda abnegación, caridad, alivio al desvalido y amor á sus semejantes. Que mi lira enmudezca hoy y se oigan sólo los lamentos de mi corazón lacerado, que ruega á Dios la haya acogido en su seno.

ESMERALDA CERVANTES.

## EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

### LA PROMETIDA.

UNQUE en España no es muy frecuente, todavía se conoce y practica la ceremonia de los *esponsales*, ó sea promesa de casamiento que se hacen el varón y la mujer, con aceptación recíproca.

Según la ley, se necesitaban muchos requisitos para esta solemnidad, y tal vez por esto no se celebra en España; pero en Francia es muy común y en los demás países del norte, y despojada de trámites oficiales, es uno de los actos más corrientes y generales.

Nuestro grabado representa á una joven que acaba de contraer *esponsales*, acto que, con muy pocas excepciones, constituye una especie de matrimonio entre los contrayentes, pues desde aquel momento, aparte el vivir juntos, entran en el ejercicio de una unión espiritual completa, por medio de la cual pueden es-

tudiar sus caracteres mutuamente y prepararse para la representación matrimonial verdadera, de la cual hacen un ensayo.

La heroína del cuadro que ofrecemos á nuestras lectoras, acaba de recojerse en su dormitorio, después de las fiestas esponsalicias, y al acorde de una mala murga, con que el pueblo viene á felicitarla, eleva su plegaria á una imagen de la Virgen pidiéndole, sin duda, dé constancia á su novio para que no rompa la fidelidad prometida, cuya falta ó delito es contado por la ley como uno de los motivos de rompimiento de los votos ó promesa.

Los esponsales son muy convenientes, y en nuestro sentir han de volver á generalizarse, porque son un medio eficazísimo para dar dignidad y cierta importancia á las jóvenes, apartándolas de frivolidades y coqueterías y haciéndolas pensar en los asuntos graves de la vida conyugal á que se han comprometido. El propio efecto causa en los jóvenes, á quienes convierte á una vida seria y reflexiva, pues no es cosa de broma si han de cumplir bien y fielmente las obligaciones que pesarán sobre ellos el día de mañana.

Una cosa es, no obstante, necesaria para que los esponsales se aclimaten en un país: que los padres de ambos contrayentes tengan entera confianza en los esposos *in fieri*, porque si á pretexto de que son novios van á poner entre ellos las montañas de Osa y Pelión, se desvirtua uno de los mejores resultados de este procedimiento, cual es, que los jóvenes lleguen á comprenderse y no tengan que llamarse á engaño después de casados, cosa propia de países como la China y la Persia, donde los prometidos no vuelven á verse hasta el día de la boda.

### PRIMERA NUBE.

POR el paisaje, y más aún por la forma de la barca, se echa de ver que el artista no necesita de decoración veneciana para pintarnos una escena poética sobre las tranquilas aguas. La perspectiva, la embarcación y el tipo de los personajes no son por cierto de la patria de Julieta y Romeo ni de la ciudad de las góndolas; pero no por eso deja de ser el cuadro tan interesante como si estuviese localizado en las inmediaciones de la plaza de S. Marco.

Los pueblos del norte son más positivamente poéticos que los meridionales. Un paseo por los canales de Venecia, por el decantado Arno ó el sagrado Tiber, pertenece hoy día á la región del recuerdo, en tanto que los ríos de las partes septentrionales de Europa se ven surcados por infinitas barcas, donde las familias, los matrimonios en luna de miel y los enamorados, pasean los días festivos que habilita el sol, ya ejercitándose en la pesca, ya en el remo, ora en contemplación de las bellezas inanimadas, ora en la admiración de las bellezas vivas.

Nuestro grabado representa á un matrimonio de reciente fecha, de ese período que en todas partes se halla templo y altar donde adorarse, y paraíso en que bendecir su ventura. ¡Qué calma tan apacible y seductora! ¡Qué soledad tan acompañada de gratos pensamientos! Parece que la naturaleza, gran maestra de la poesía, se complace en fabricar esa especie de nidos donde las almas tienden á unirse y los corazones á confundirse, sin curarse de que la batalla del mundo tiende de continuo á separarlos.

Pero la actitud de la señora es un tanto displicente, y en su rostro hay algo de vinagrillo. La atmósfera física está despejada, pero en el cielo de los dos enamorados se sorprende el paso de una nube. Podría apostarse cualquier cosa á que cinco minutos antes del momento en que el artista representa á los actores, la resentida dama no tenía el cuerpo ni el rostro vueltos hacia el gran teatro, sino hacia el único actor del escenario. Pero el mundo es una bola y todo, hasta el corazón, da sus vueltas.

### UN RECUERDO TRISTE.

NECESITAMOS esforzarnos poco para adivinar, á la vista de este precioso cuadro del interior doméstico, que se trata de una triste historia del corazón. El artista ha sabido pintarnos personajes queridos que no se ven, pero cuya existencia se adivina en la expresión de aquellos en cuya memoria viven. La ancianidad es fecunda en estos tristes y poéticos espejismos. Entre las venerables canas de este noble y simpático anciano y los trenzados cabellos de sus dos nietas, se está percibiendo el doloroso vacío de otro sér querido, que estrechaba esas grandes distancias de la edad con los vínculos más dulces del corazón.

En esos instantes de recogimiento de las familias, en esos días en que se comulga espiritualmente con el criador supremo y los seres que han traspasado esta valla de la baja tierra, domina un espíritu melancólico en todos los seres sensibles, y á cada paso se abre el libro de la existencia por una página que encierra una historia del corazón.

Tal es el momento escogido por el espiritual artista cuya obra ofrecemos en grabado. El anciano lee su Biblia; una de las jóvenes hace resonar en el piano acordes de esos himnos sagrados tan solemnes como familiares hoy en el hogar doméstico, y cierta melodía musical, ó cierta frase de sus místicas poesías, despierta en la memoria del jefe de la familia, un recuerdo que le conmueve y le impide continuar su lectura, arrasando sus ojos de lágrimas. La niña que lo observa, trata de consolarle ó de inquirir la causa de la tristeza de su buen abuelo, en tanto que la joven, sin advertir que ha abierto una herida, prosigue su canto religioso que comunica á todos una melancolía tan dolorosa como poética. La ancianidad no tiene arrebatos de pasión; pero es porque ya ha salido el fuego del corazón por mil heridas. En cambio no hay posición en que no choque con alguna llaga.

### EL HAREM.

ESTE cuadro, del artista alemán A. de Cramer, representa una de las escenas más frecuentes en esas doradas cárceles ó residencias sagradas é inviolables de los pueblos orientales, donde el señor encierra á sus esclavas favoritas, guardadas por eunucos, hasta que la vejez arruina el edificio de su belleza. En estos palacios deleitosos se les pasa la vida en un soplo, comiendo y bebiendo á su antojo y recreándose con estimulantes, como el café y el opio, danzas provocativas y una buena dosis de charla y chismografía sobre galas, atavíos, celos, hermosura y favoritismo.

Esta vida de la mujer en Oriente es lógica hasta cierto punto, y si este punto se traspasara y se llevase á todas sus consecuencias, no sería necesario abogar por la ilustración del bello sexo. El daño está en que su existencia se basa en el privilegio de la hermosura física, y semejante cimiento es repulsivo é insostenible.

Por el contrario, la ilustración espiritual es un bien que se confiere á todas sin excepción de ninguna clase. El sistema oriental favorece á un corto número de mujeres y arroja á la gran mayoría á la abyección, la indiferencia ó la miseria. No es, pues, extraño que el harem vaya desapareciendo donde quiera que penetra un rayo de luz de la civilización moderna.

### SUEÑOS DE AMOR.

Hubo un tiempo en que tu labio eterna fe me juró,  
y ansioso te dí mi alma  
y el tesoro de mi amor.

Hoy del sueño en que vivía  
tu olvido me despertó;  
sólo en sueños pensar pude  
que tuvieras corazón!

CARLOS CANO.

### A UNA MÁRTIR.

#### SONETO.

Culto rindiendo á la social mentira  
me invitas á reír, mas no me engañas;  
yo sé que está quemando tus entrañas  
la túnica fatal de Deyanira.  
En vano te sostiene y aún te inspira  
la fe, que logra transportar montañas;  
curarte no consigues, y te dañás  
vestal queriendo ser de muerta pira.  
¡Cuán tristes tus veladas y tu sueño!  
sentir eternamente la cadena  
y nunca los halagos de tu dueño!  
Ver envidiosa la ventura ajena,  
y de un primer amor puro y risueño  
vagar perdida en la región serena!

MANUEL DEL PALACIO.



LA PROMETIDA, copia del cuadro de W. Grab.



LA PRIMERA NUBE, copia del cuadro de Carlos Raupp.



RECUERDO TRISTE, copia del cuadro de L. Kulsn.

## REVISTA MADRILEÑA.



ON la ópera *Hernani* hicieron su *debut* en el regio coliseo dos apreciables cantantes, la tiple Sra. Andreeff y el tenor Sr. Bertini.

En el desempeño de sus respectivos papeles no estuvieron todo lo inspirados que hubiera sido de desear, á causa de la impresión que les causó nuestro público. Aparte de este temor, natural en casi todos los cantantes que pisan por vez primera nuestro Real, la Sra. Andreeff nos pareció una recomendable artista, de voz en extremo simpática, particularmente en las notas altas. Tiene arrogante figura, propia para la escena, y el público no le escaseó sus aplausos en la cavatina del primer acto.

Tenor muy joven el Sr. Bertini, casi en las auras de su carrera artística, reúne excelentes cualidades, que, á no dudarlo, con tiempo y estudio, le conseguirán un lisonjero porvenir.

En suma, *Hernani* alcanzó regular interpretación: el Sr. Batistini cantó bien su parte de Carlos V, el Sr. Vechioni dejó algo que desear en su papel de Silva, lo coros bien, y la orquesta acertada bajo la dirección del maestro Pérez.

Continúan los ejercicios en la escuela de Música y Declamación de esta corte. El segundo ejercicio lírico-dramático, presidido por el digno director Sr. Arrieta, fué brillantísimo. Asistieron numerosas representaciones de la prensa, de instrucción pública y elegantísimas damas.

Los alumnos de ambos sexos han lucido sus facultades, haciéndose acreedores á los aplausos del escogido concurso en la interpretación de las diez y nueve piezas que constituían las tres partes del programa.

El violinista Sr. Rodriguez, el pianista Sr. Llorca y el Sr. Monje, demostraron extraordinarias aptitudes, lo propio que la alumna de cuarto año doña Bibiana Pérez, la cual, bajo la inteligente dirección de su profesor señor marqués de Gauna, cantó el aria final de *Lucrecia* con perfecto gusto artístico y notable sentimiento.

Cada vez que tenemos ocasión de apreciar los adelantos que con perseverante empeño realiza la mujer en la limitada esfera que actualmente le es permitido recorrer, experimentamos íntima satisfacción y nos sentimos más que nunca animados en nuestra árdua empresa de alentar sus justas aspiraciones. Son muchas, infinitas, las aptitudes que posee la mujer, susceptibles de desarrollo; importa solo que no desmaye en la carrera emprendida; el éxito corona siempre los esfuerzos cuando se encaminan á una noble causa, y no puede haber causa más noble y santa que la que impulsa á la llamada *débil mitad* del género humano hacia el progreso, único ideal supremo de las generaciones. En las encantadas regiones del arte, esa dulce manifestación del sentimiento íntimo, es donde puede más fácilmente brillar la mujer, porque nadie posee como ella delicadeza de percepción, instinto y comprensión de lo bello y una naturaleza moral impresionable hasta la infinito. Estas ideas asaltaron nuestra mente al oír á la Srta. Pérez, y las consignamos para que sirvan de estímulo á la mujer, colocada en nuestros días y merced á rancias preocupaciones, en situación difícil, adherida por tradición á lo pasado, que es la inmovilidad, la inercia casi completa, y sintiéndose llamada á tomar parte con vigoroso aliento en la solución de los grandes problemas que nos depara el porvenir.

Ante tal cúmulo de contradictorias circunstancias, que condenan á la mujer á fatigosa lucha, sólo deseamos, como prenda segura de victoria, que la mujer abandone las frivolidades que hasta ahora han llenado gran parte de su vida, que estudie, que medite, que razone sobre todo, y entonces comprenderá que la superioridad no es patrimonio de determinado sexo, que la hermosa luz de la inteligencia lo mismo ilumina el cerebro del hombre que el de la mujer, y por lo tanto en ambos es susceptible de gran desarrollo. Pero la superioridad ó la igualdad de facultades intelectuales y en plena actividad sólo se consigue con el trabajo, con el estudio. Preferiríamos ver á la mujer menos elegante y más instruida, menos bella y más sensata; así sería mejor madre, más inteligente esposa, el auxiliar más tierno y el amigo más cariñoso del compañero de su vida.

¡Luz, mucha luz! esto es lo que necesita la mujer: amor, mucho amor, eso es lo que pide eternamente su alma. Con mucha luz arrojará lejos de sí el funesto legado de rancias preocupaciones que entorpecen su

progreso; con mucho amor le será fácil recorrer el sendero de la vida, para ella, más que para el hombre, erizado de espinas.

Pero de reflexión en reflexión hemos ido demasiado lejos, sin recordar que escribimos sencillamente una crónica madrileña y no un tratado filosófico-social.

Dispénnos nuestras amables lectoras; el interés que nos inspira el presente y el porvenir de la mujer, ha dado materia para las anteriores líneas, y daría para muchas más. Tratando de asunto para nosotras tan simpático, la pluma se desliza sobre el papel fotografiando en él nuestras ideas, sin que lo advirtamos.

Ha fallecido el ilustre escritor y notable político D. Antonio Romero Ortiz, produciendo su muerte general sentimiento.

El entierro revistió toda la solemnidad que el finado merecía. Asistieron cien niños del Hospicio. Presidía el duelo el Sr. Sagasta. El féretro iba en la carroza de gala de la Funeraria, arrastrada por ocho caballos negros con lujosos penachos y la escoltaban porteros y ordenanzas del Banco de España, del Congreso y de la Diputación. Sobre el ataúd se veían las bandas de Isabel la Católica y Carlos III, el collar de la orden portuguesa de Villaviciosa y una preciosa corona de flores naturales; llevaban las cintas los señores Montejo Robledo y Galdo, Breto, San Juan y Labrador, Nuñez de Arce, Fernández y González, Utor y Merello; unas mil personas formaban la comitiva, entre la cual figuraban eminencias políticas, científicas y literarias.

Deja el Sr. Romero Ortiz un valioso museo, fruto de su constancia y de su ilustración, museo que indudablemente le agradecerá la patria.

En él figura una valiosa colección de numismática conteniendo medallas y monedas desde el siglo v hasta el año 1868. Inscripciones en oro y plata, medallas conmemorativas, bustos de papas y de reyes, grupos preciosos de Sevres y Saxe, platos árabes, bronce de Japón y notables relojes de esmalte.

Armas y banderas adornan la sala principal del museo, la bandera azul carlista que sirvió de enseña en el Norte á las huestes del pretendiente, la bandera negra cantonalista enarbolada en Cartagena, el pendón filibustero; la cuna que protegiera los sueños infantiles de Isabel II, la augusta madre de nuestro actual monarca; á la cuna de la regia niña da sombra la bandera de Alcolea. Figura en el museo el sable de Riego, el puñal de Garibaldi, una espada de Felipe III, el tricornio de Espartero, la mitra de Antonelli, el ros con que entró en España Alfonso XII y la boina de Cabrera.

Llama la atención de los visitantes la copa de marfil en la cual bebía Carlos II en Yuste, el bastón en que se apoyaba Pío IX, un vaso de cristal que sirvió á Maximiliano en Méjico, la servilleta de María Antonieta en el Temple, el garrote que quitó la vida á María de Pineda, el frac de Moratín, la casaca de Hartzembusch, la coleta de Montes, un peine de Amadeo de Saboya, un pedazo de camisa que perteneciera á Santa Teresa de Jesús, el tintero de Ayala y muchas otras preciosidades y curiosidades históricas que tienen y tendrán gran valor en lo porvenir.

Por habernos extendido más de lo que acostumbramos en la consideración de los asuntos anteriormente descritos, ponemos punto final á la presente revista, reservándonos para la próxima tratar otros asuntos asimismo interesantes y que hoy dejamos por falta de espacio.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 22 Enero 1884

## LA MUJER RUSA EN EL SIGLO XVII

(CONTINUACIÓN.)

Después de estas prendas de cuerpo hay que mencionar las de cabeza ó sea tocados. Las mujeres casadas llevaban en casa la *lika*, que constaba de dos partes, el *podsor* y la *tska*. El *podsor*, cofia de 14 á 16 centímetros de alto, se ensanchaba por arriba y se adornaba con alfileres caprichosos de plata, y por abrigo se le aplicaba una redecilla de oro guarnecida de perlas y á veces adornada con alfileres de piedras preciosas ó perlas claras, sujetándose todos estos adornos con alfileres. La *tska* era un aro plano ó redondeado, de plata la de la reina, sujetándose en sus bordes ó lengüetas de oro con anillos, pendientes de perlas ó piedras preciosas ó cuentas, sencillos, dobles, triples, etc. Por detrás fijábase un guardanuca de terciopelo ó de cebellina con forro de tafetán. Este tocado, que por

su forma recordaba la corona imperial, era de procedencia muy antigua, pues ya lo usaban los griegos de Crimea en tiempos de Alejandro Magno. Un atributo especial de la reina era la *koruna*, que se distinguía de la *lika* sólo por tener la cofia la forma de corona. En sus excursiones veraniegas la reina usaba un *sombrero* blanco de lana de cordero, de copa redonda y alas de nueve centímetros de ancho; para darle lustre y hacerla impermeable, la copa se untaba con una mezcla de creta y cola de pescado por fuera, y por dentro se forraba con raso ó tafetán; las alas se forraban de brocado de oro ó de raso liso. Sujetábase el sombrero con una cinta ancha de raso ó tafetán adornada de oro, perlas y piedras y fijada de manera que, rodeando la copa, los extremos guarnecidos de borlas de perlas venían á caer sobre los hombros ó las espaldas. La *gorra femenina* constaba de una parte superior, copa, esférica, cónica ó cilíndrica, de tejido de seda ó de oro, adornada muy ingeniosamente con bordados representando flores y á veces hasta pájaros y fieras, y de un borde, ceñidor, de piel de castor negra que por detrás cubría el pelo y por delante tenía forma de promontorio; para mayor adorno ponían entre estas dos partes una cinta de brocado ó de piel de color. En invierno llevaban el *triorejón* (*treuj*), gorro con tres orejones para los oídos y la nuca; la copa era de tejido caro y el forro de cebellina, adornándose el borde con perlas ó piedras preciosas. De más uso que el *treuj* era el *captur*, especie de capucha que cubría la cabeza y el cuello hasta los hombros, y era todo de pieles de cebellina y de castor; rarisimas veces la parte superior era de raso blanco adornado con piedras preciosas.

Á todo esto hay que añadir los siguientes accesorios: 1). El *collar*, que era un cuello rígido de raso ó seda de unos catorce centímetros de ancho, prolongado con tupido algodón de Alejandria, sobre forro de tafetán; por fuera había tafetán encarnado con adorno de perlas; sujetábase al vestido por medio de presillas de seda, y como abrigaba bien el cuello y el pecho, era la prenda más común de la mujer. 2). La *fatá* era una pieza cuadrangular grande de lienzo fino ó de batista, espesamente tachonada de perlas de color blanco ú otro cualquiera, ó de varios colores ó estriada; se llevaba en la cabeza atada bajo la barba con borlas colgantes. 3). El *monisto* era un collar de cuentas, granates, monedas, pájaros y cuadrúpedos de metal, etc. 4). Los pendientes de varias formas, aretes, anillos, arracadas, etcétera. 5). Las sortijas y anillos. 6). Los brazaletes de oro que en aquel tiempo eran ya un anacronismo como adorno supérfluo. 7). Las muñequeras. 8). Las pulseras. 9). Los alfileres de diversas formas.

Estas eran las prendas y los atavíos de la mujer rusa del siglo xvii. Diferencia había solamente en el mayor ó menor lujo en la elaboración de los varios objetos de tocador. Naturalmente la palma se la había de llevar en este asunto la reina; según expresión de los escritores contemporáneos, los admitidos á audiencia quedaban llenos de profundo asombro á la vista del traje completo de gala de la reina moscovita, cuyo tejido grueso de seda estaba rociado, literalmente inundado de perlas, carbunclos, zafiros y diamantes; el manto que llevaba echado sobre los hombros estaba también guarnecido con piedras preciosas; la corona con las doce torrecillas estaba densamente tachonada de carbunclos, diamantes, topacios, amatistas, zafiros y perlas finas; el calzado reluciente de metales y piedras preciosas; los collares y cadenas de oro y los numerosos alfileres, broches, corchetes, etc., completaban ese mar de piedras preciosas. Una sola cosa nos queda por añadir, y es que entre las mujeres rusas se hallaba muy arraigada la costumbre de ponerse afeitadas, blanquete, colorete y negro para las cejas, y con tanta exageración y desacierto, que para los extranjeros recién llegados era hasta repugnante el aspecto de una señora noble rusa, aun á través de la *fatá* (velo).

Cuando un czar de Moscow manifestaba su intención de casarse, llevaban á la capital, de todos puntos del reino, á las jóvenes bellas (según el concepto de las autoridades respectivas) para proceder á la elección de la futura reina con observación de un ceremonial determinado. Lo principal era que el aspecto exterior de la elegida gustase al czar novio y que las mujeres de experiencia declarasen á la joven capaz de ser madre de muchos hijos, lo cual equivalía á un certificado de buena salud ó al menos de estar exenta de toda enfermedad.

AIRI-VANK.

(Se continuará.)

## UN CUENTO TURCO.



ABÍA en una época, en China, un poderoso emperador, llamado Yaghfur.

Su primer visir era sabio y prudente y podía á cualquier hora penetrar en la cámara de su soberano.

Un día que ejercitaba este privilegio, Yaghfur, que dormía sobre un diván, despertó de repente y, en un acceso de furor, se precipitó sobre su ministro, espada en mano.

No obstante, presto se calmó y dijo al visir:

—Tenía uno de los sueños más deliciosos que pueden imaginarse. Veía una joven de una hermosura extremada, como no se puede hallar en parte alguna de la tierra. Al entrar me has despertado, pero tengo aún delante de mis ojos su encantadora imagen, como tengo su recuerdo en mi corazón.

El visir era hombre de una penetración extraordinaria. Era además pintor de primer orden. Deseoso de complacer á su señor, le rogó le describiese minuciosamente lo que había visto en su sueño, y á medida que Yaghfur hablaba, el hábil artista, provisto de un lienzo, pinceles y colores, iba pintando las facciones y cuerpo de la joven y el palacio donde se le apareció.

Concluido el cuadro, le hizo colocar en el caravanserail ó parador de viajeros, á la puerta de la ciudad por la cual pasaban caravanas, y el guardia del hospedaje preguntaba á todos los forasteros que venían á parar allí, si conocían aquel palacio y aquella joven.

Un día llegó un viajero de lejanas tierras que, al contemplar el cuadro, exclamó:

—¡Cosa extraña! Yo conozco esta figura.

Condujéronle á la presencia del visir, quien se apresuró á interrogarle.

El extranjero respondió:

—La imagen que acabo de ver es igual á la hija del emperador griego. Esta princesa es de una hermosura incomparable; pero no quiere casarse por una razón muy singular. Un día se hallaba en su jardín observando en un bosquecillo un nido en donde reposaban un pavo real con su hembra y sus polluelos. De repente se incendia el bosquecillo. El pavo real huye. La pava no quiere abandonar á sus pequeñuelos, y no pudiendo llevárselos, permanece y perece con ellos en las llamas. Esta traición del macho y abnegación de la hembra, dieron margen á la princesa para muchas reflexiones. Se ha llegado á persuadir que lo que vió en el mundo de las aves es un ejemplo de lo que pasa en el mundo de los racionales. Está convencida de que el egoísmo y la infidelidad son los rasgos distintivos de los hombres, y no quiere ver ni hablar con ninguno, cuanto menos casarse.

El visir recogió todos estos informes y los transmitió á su soberano Yaghfur.

Después se dijo:

—Ya que mi señor está enamorado de esta joven, es preciso que ella se enamore de él.

Pidió licencia, se disfrazó de simple burgués, partió para el lejano imperio en compañía del viajero que había reconocido en el cuadro la imagen de la princesa, y con la mayor felicidad arribaron á la ciudad de Constantinopla.

A su llegada, el visir se hizo conducir á los jardines imperiales y vió el palacio tal como Yaghfur le había visto en sueño y tal como él mismo le había pintado.

Deseoso de ver á la princesa, creyó lo más conveniente establecerse como pintor en un caravanserail.

Muy luego adquirió gran renombre y fama, y se habló de él con elogio en la corte imperial.

La princesa, que era aficionada á las artes, suplicó á su padre que emplease á aquel artista que venía de tan lejanas tierras y cuyas obras eran tan admirables.

Hízole venir el emperador griego y le encargó pintase varios asuntos en los muros del palacio, en cuyo recinto le preparó un cómodo y elegante estudio.

El visir satisfizo á todos con la belleza de sus obras, y concluidas estas, pidió permiso para decorar la puerta del aposento habitado por la princesa.

Allí pintó un gran jardín, con árboles corpulentos cargados de frutos, bosques de hermosas flores, y ruiseñores posados en el ramaje. En medio de este jardín pintó un kiosko, dentro del cual se veía

á Yaghfur, en todo el esplendor de su belleza y magnificencia. Más allá se veía un prado cruzado por un cristalino río, un ciervo ahogado con su cervatillo y la cierva pastando en la orilla la fresca yerba.

La princesa quedó admirada de esta pintura.

Después de examinarla en silencio, preguntó al visir dónde estaba aquel jardín, quién era aquel joven príncipe sentado en su trono y qué significaba aquel grupo de ciervos.

El visir esperaba tales preguntas y tenía bien preparadas las respuestas.

—Hé allí, dijo, el jardín del palacio del emperador de la China. Ese joven sentado en el trono, es el emperador en persona. Está solo. No ha querido casarse por nada del mundo. Un incidente de que fué testigo le hizo aborrecer para siempre al sexo femenino.

—¿Cuál fué ese incidente? preguntó con curiosidad la princesa.

—Un día estaba como de costumbre sentado en su kiosko, cuando vió dos ciervos, macho y hembra, que con un cervatillo venían á beber en el río. El pequeñuelo resbaló, cayó al agua y fué llevado por la corriente. El padre se precipitó al punto hacia él para salvarle, y ambos se ahogaron. La madre, sin pensar más que en sí propia, se alejó del río y se puso á pastar la mejor yerba. Esta indiferencia le pareció á Yaghfur como una muestra del carácter de la mujer, y se persuadió de que todas son tan infieles y egoístas. Por lo tanto, no quiere trato alguno con ellas y ha resuelto no casarse.

La princesa escuchó el relato con atención profunda, y pensó que se había equivocado al rehusar al hombre las virtudes que ella atribuía á las mujeres.

—Me gusta vuestro emperador, dijo, y es providencial que yo haya rehusado todas las ofertas de matrimonio. De buena gana me casaría con tal soberano, y creo que soy digna de él.

A seguida fué á hablar con su padre, á quien rogó el anuncio de que pensaba celebrar su casamiento.

El emperador griego escribió á Yaghfur, y eligió para correo y embajador á uno de los principales magnates de su corte.

El visir partió con él y ambos llegaron con felicidad á China.

Nuestras lectoras pueden figurarse el gozo con que escuchó el enamorado Yaghfur la narración de su fiel visir, y cuantos agasajos no haría al embajador.

Su respuesta fué inmediata y corta.

Las bodas se celebraron sin dilación, y ambos esposos vivieron felices por muchos años, criando á sus hijos con el cariño de la pava y el ciervo.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.

APUNTES PARA LA HISTORIA  
DE LOS  
ESTUDIOS MÉDICOS DE LA MUJER  
POR LA DOCTORA  
M. O. PRUJÁNSKAYA, DE MOSCOU.

Prescindiendo de todo lo fabuloso que la ardiente fantasía de un pueblo meridional atribuye á Medea, venerándola después de su muerte como sér superior ó hechicera, vemos en ella una mujer inteligente, ávida de saber, observadora é inventiva, superando con sus conocimientos á sus contemporáneos. Había adquirido esos conocimientos del modo como en aquel tiempo podían adquirirse: observando el mundo que la rodeaba, tomando del mismo tal ó cual cuerpo que aplicaba á una ú otra fórmula en contacto con otro, y estudiando los resultados de su experimento. Este método era muy bueno en aquella época en que la suma de los conocimientos de la sociedad era tan pequeña, que la vida humana bastaba para apropiárselos y aún aumentarlos con la experiencia personal; pero cuando los conocimientos se han acumulado tanto que en muchas ramas de la ciencia sería preferible conocer tan sólo las últimas conquistas, entonces el método de Medea resulta completamente insuficiente, y las mujeres médicas del período histórico han debido experimentar esto á menudo, aunque tal vez sin darse cuenta de ello en su propia práctica.

Ya en tiempos de Hipócrates había en Grecia edificios públicos y particulares destinados á la recepción de enfermos quirúrgicos para la práctica de las

operaciones y la preparación de los medicamentos; después la esfera de acción de estos establecimientos ó casas de curación fué ensanchada, recibiendo también á personas afectadas de enfermedades internas. Los directores de estos *iatreos* eran generalmente médicos de fama que se ocupaban en la enseñanza sin perder por esto ninguna ocasión de hacerse acompañar por sus discípulos en la práctica privada. Hipócrates consideraba como falta de conciencia dejar al paciente al cuidado desafortunado de los allegados, y exigía que el médico no abandonara al enfermo sin apostar á su lado á uno de sus discípulos. En algunas poblaciones estos médicos eran de fama grande que constituían una escuela y fundaban bibliotecas médicas atrayendo gran número de discípulos; estudiaban cuidadosamente cuanto se relacionaba con la ciencia, exigiendo de los discípulos una cultura filosófica general, considerando imposible mirar la medicina como un arte aislado y sin ningún enlace con las demás ramas del humano saber.

De todos estos medios para el estudio de la medicina no disfrutaban las mujeres griegas, por lo menos no consta en autor alguno que frecuentasen las casas de curación ó asistiesen á lecciones de médicos famosos. En vista de esto, hay que suponer que eran tan autodidactas como Medea, empezando su práctica sin preparación alguna; y pasando de esta manera por una serie de errores, experimentos y medicaciones, caminaban toda su vida á tientas, consiguiendo apenas las de mayor talento, y aun estas á una edad avanzada, saber todo aquello que con una enseñanza regular habrían podido aprender en los bancos del aula en poco tiempo. ¿Podía esto contribuir á la ciencia? A pesar de estas condiciones desfavorables, las comadronas y médicas griegas consiguieron alcanzar conocimientos prácticos que transmitieron á sus compañeras; dejaron algunas obras médicas, de las que por desgracia no ha llegado hasta nosotros sino el libro de Aspacia y aun de este tan sólo la parte contenida en las obras de A. Ecio, y los escritos dudosos de Cleopatra.

Según cuenta Higino, los atenienses no permitían que ninguna mujer ni esclavo estudiase medicina, publicando á este fin una ley en que imponían la pena capital á las mujeres y los esclavos que se dedicaran al estudio de esta ciencia. Sin embargo, una joven ateniense llamada Agnádica, alentada por la situación poco satisfactoria en que se veía la mujer en las enfermedades y en el parto, decidióse á disfrazarse en traje de hombre y empezó á estudiar bajo la dirección del médico Hirofilo. Terminado el curso cobró pronto tanta nombradía y una práctica tan grande, que los médicos envidiosos la acusaron ante el areópago de inmoralidad, explicando de este modo su gran partido entre las mujeres. En su defensa el médico Agnodico hubo de confesar que era mujer y había faltado á la ley, que la condenaba á muerte por haber estudiado medicina. En este apuro decidieron en su favor las señoras más distinguidas de la ciudad, presentándose en el areópago para pedir una sentencia absolutiva atendidos los grandes merecimientos de la acusada. Esta no sólo fué absuelta si que también se borró la palabra mujer en la antigua ley ática, permitiéndoles estudiar medicina.

Al referir esta leyenda Higino, no nos dice la época en que tuvo lugar esta modificación de la ley ática, pero Harles presume que en todo caso no fué en tiempos de Hierófilo de Calcedonia, puesto que Galeno, que habla tan detalladamente de la enseñanza, no habría dejado de mencionar á la discípula Agnádica; según la opinión de Harlers, su maestro fué otro médico, Hirofilo, que vivió el tercero ó segundo siglo antes de Jesucristo, refiriéndose á este período la modificación de la antigua ley ática á favor de las mujeres.

De este cuento naturalmente no se deduce que las mujeres antes de aquella época no se ocupaban en obstetricia, por lo contrario, tenemos pruebas de que trabajaron en el campo de esta especialidad de modo que no corresponde simplemente á la misión de la comadrona en el sentido ordinario de la palabra. Platón, que vivió en los siglos v y iv antes de Jesucristo, y por consiguiente cuando no se había modificado aquella ley, nos refiere algunos pormenores acerca la posición social y práctica de las comadronas griegas. Respecto á la práctica médica de los esclavos escribe que tenían el derecho de curar á sus compañeros; mas como en la ley las palabras esclavo y mujer entraban en la misma categoría, dedúcese que la permisión referíase á las dos clases en el mismo grado, esto es, los esclavos podían curar á los esclavos y las mujeres podían curar á las muje-

res; pero unos y otras no debían instruirse ni podían penetrar los arcanos de la ciencia. Además, los primeros indicios de la presencia de hombres en el parto, cuando se presentaba dificultoso, se encuentran en obras posteriores de Hipócrates, es decir, mucho después del sig'o iv antes de Jesu risto, sin que esto indique la posibilidad de suponer que an-

### MISCELÁNEA.

En la función celebrada la noche del 21 del corriente en el teatro Romea de esta capital á beneficio del actor don Rafael del Castillo, estrenose el juguete cómico en un acto,

### IMPORTANTE Á NUESTRAS SUSCRITORAS DE BARCELONA.

Según anunciamos en nuestro número 15, las clases de idiomas gratuitas para las suscriptoras de la ILUSTRACIÓN DE LA MUJER se hallan establecidas en la calle Nueva de San Francisco, 34, 1.º, domicilio de nuestro distinguido



EL HAREM, copia del cuadro de A. de Cramer.

tes de aquella época las mujeres prescindieran de toda ayuda en el momento del parto.

Traducido directamente del ruso por el DR. G. SENTIÑÓN.  
(Se continuará.)

titulado: *Apuros de un farmacéutico*, debido á la pluma de la Srta. D.ª Carmen Rosell y Mañé.

Esta obra, arreglo del francés, abunda en situaciones cómicas y tiene movimiento escénico, á lo que se debió que el público la recibiese satisfactoriamente, cual demostró al aplaudirla.

Debemos felicitar á la Srta. Rosell por el éxito obtenido.

colaborador el reputado políglota Dr. D. Gaspar Sentiñón, los lunes, miércoles y viernes, de 7 á 8 de la noche, para la enseñanza del inglés.—Los martes, jueves y sábados, á la misma hora, para el francés, invitando á cuantas deseen participar de ellas en dichos idiomas, así como en los otros que tenemos indicados, para lo cual, tendrán que ponerse de acuerdo previamente con esta redacción.

Barcelona: Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.

Reservados los derechos de propiedad literaria y artística.





Correspondiente al núm. 17 de «La Ilustración de la Mujer»  
Barcelona 1.º de Febrero de 1884.

**SUMARIO:**

TEXTO: Revista de salones y modas, por Doña Josefa Pujol de Collado.— Explicación de los figurines, por F.—Paris á vuela pluma, por Emma.—El pecado de Magdalena, por —Las Señoritas de Montrobert, por E. Marcel.—Sección recreativa.

GRABADOS: 1 y 2. Trajes de paseo.—Gran panorama de trajes de baile y soirée.—3. Traje con cuerpo escotado.—4. Traje con escote muy abierto en corazón por delante y detrás.—5. Traje con cola cuadrada.—6. Traje con fichú Molière.—7. Traje de baile guarnecido de plumas.—8. Traje con mangas y cuerpo drapeado.—9. Traje con cuerpo en punta, escotado.—10. Traje con túnica ricamente drapeada.—11. Traje guarnecido de flores.

—Trajes de máscara.—12. Traje oriental.—13 y 14. Trajes de época.—15 y 16. Espalda de los núms. 13 y 14.—17. Traje nacional ruso.—18. Delantero del traje de señora feudal, número 20.—19. Dominó de raso blanco y damasco blanco y rosa.—20. Traje de señora feudal francesa.—21. Traje de la clase media de 1791.—22. Delantero del traje de la clase media de 1791, número 21.—23. Traje de pavo real.

**REVISTA DE SALONES Y MODAS.**

LA sociedad elegante, mis bellas lectoras, se halla en plena época de aturdimiento; las fiestas se suceden unas á otras con vertiginosa rapidez.

Las *matinées-dansant* de los condes de Casa-Sedano se ven favorecidas por lo más selecto que encierra la capital de España. De estas *matinées* la última celebrada fué brillantísima.

Reanudáronse por fin, con gran contento de sus amigos, los *lunes* de la marquesa de Molins, los miércoles sigue recibiendo la baronesa de Goya Borrás, y los jueves la elegante marquesa de Villamantilla. En una de las últimas reuniones dadas por la de Villamantilla, Casilda Alonso Martínez dejó oír su deliciosa voz, interpretando bellísimas piezas musicales que le valieron prolongados y entusiastas aplausos.

Brillante como ninguno estuvo el baile vespertino que diera há pocos días la condesa de Berlanga. Púsose, con tal motivo, una vez más de relieve el exquisito gusto de la ilustre dama, tributando todos los convidados merecidos elogios al nuevo comedor, en cuyo decorado se evidencia el más delicado gusto artístico.

Hablemos de bodas, tema apropiado para despertar la curiosidad, el interés de nuestras jóvenes lectoras.

Pronto una distinguida dama, gala y ornato de los aristocráticos salones ma-

drileños, contraerá enlace por segunda vez. Llámase la joven y bella viuda Casilda Salabert de Medina-

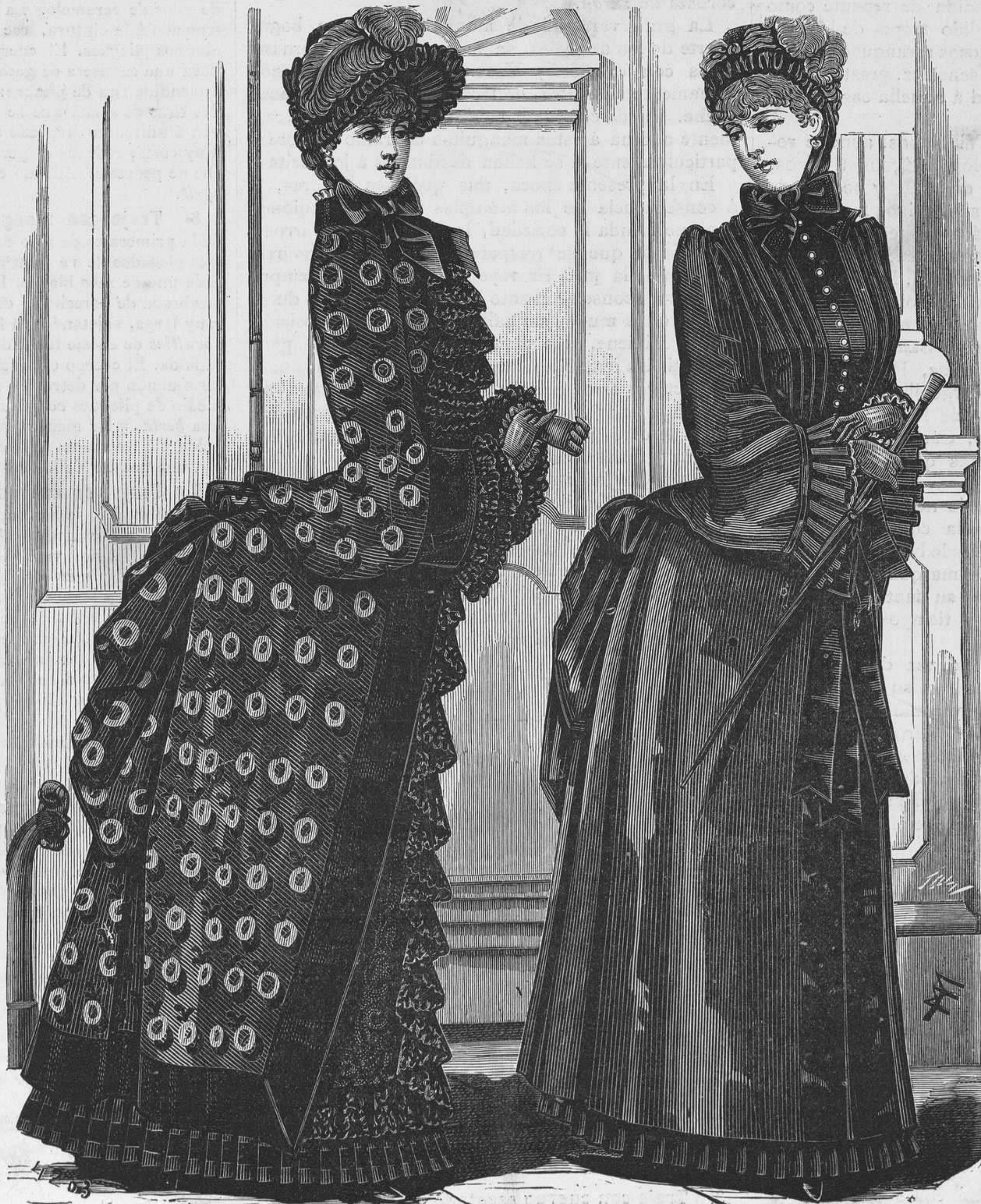
celi, y el afortunado mortal que ha elegido por esposo D. Manuel de Hinesrosa, hijo de los condes de Moriana.

También se celebrará próximamente y con la esplendor que requieren las esclarecidas familias de los contrayentes, la boda de la simpática Pepita María Buenaventura del Corazón de Jesús, Isabel Benigna Catalina Serrano y Domínguez, hija de los duques de la Torre, con el príncipe ruso Basilio Kotschoubey, teniente del regimiento de caballeros guardias de S. M. la emperatriz de todas las Rusias. El novio es hijo del príncipe Sergio y la princesa Sofía Benkerdof, ambos difuntos.

De los preparativos de esta boda hemos hablado ya á las lindas lectoras de LA ILUSTRACIÓN, si mal no recordamos; con todo, debemos añadir á nuestras favorecedoras, que probablemente cuando llegue esta revista á sus manos se habrá celebrado en Paris el casamiento, primero en la iglesia rusa de la calle de Darie, y luego, según el rito católico en la iglesia de Santa Clotilde.

Según nuestras noticias debe llevar á la gentil desposada al altar el marqués de Campo-Sagrado, en vez del duque su padre, puesto que así lo exigen las costumbres rusas, y servirán de testigos al príncipe contrayente, su hermano y treinta caballeros guardias que al mismo tiempo darán guardia de honor á la joven y bella desposada.

Las modistas y aun los *modistos* más hábiles se han excedido á sí mismos en la confección del *Trousseau*, espléndido y maravilloso en grado sumo. El traje que debe vestir la fu-



1 y 2.—Trajes de paseo.

tura princesa de Kotschoubey en el acto de la religiosa ceremonia parece elaborado, según su riqueza y gusto, por la mano misteriosa de una hada; es de brocado blanco, brochado de rosas, blancas también y con hojas plateadas. Todo el delantero se halla cubierto de riquísimo punto Alençon y flores de plata.

La duquesa de la Torre vestirá, en tan solemne acto, de terciopelo color castaña con bordados de perlas. Ventura Serrano, de azul celeste y pieles: la condesa de Santovenia, de raso negro con encajes y flores de terciopelo.

A la interminable lista de regalos recibidos por la novia, y de los cuales dimos cuenta en una de nuestras crónicas, hay que añadir la hermosa diadema de brillantes de la duquesa de la Torre y un soberbio tronco ofrecido por los hermanos de la desposada.

Los recién casados pasarán la primera etapa de su luna de miel, que deseamos sea eterna, en la benigna Niza, bajo aquel cielo de espléndido azul, á la sombra de aquella vegetación mimada por la naturaleza, allí donde un idilio, de esos que forman el más encantador paréntesis de la vida humana, puede desarrollarse como en terreno propio.

Todo es belleza en el amor, todo será felicidad y dulzura en aquel apacible clima.

Un apuesto hijo del norte y una graciosa hija del mediodía, poseídos del deseo de gozar las tranquilas alegrías de la primera etapa matrimonial, irán á buscar á Niza, término medio de los climas de sus respectivos países, un dulce interregno al rudo batallar de la vida, á la agitada vida social de las grandes capitales.

Siempre el amor ha sido amigo decidido de la soledad y del misterio.

Los salones de la condesa de Villalobos ofrecieron días pasados, y durante algunas horas, grato solaz á la buena sociedad madrileña.

Esta señorial morada, que recuerda por sus pinturas, por sus muebles, por sus armas las postrimerías del siglo XVIII, vióse invadida de repente como por arte mágica de un aturrido tropel de jóvenes bellezas capaces con sus graciosos arranques de despojar al pasado de su severa sencillez, prestando un tinte de encantadora jovialidad á aquella casa de ordinario solitaria y silenciosa.

La respetable condesa de Villalobos, aunque rodeada de todo el prestigio de los antiguos tiempos, gusta de que la juventud se divierta, y por eso de vez en cuando suele invitar á sus amigos franqueándoles la entrada en sus dilatados salones.

En la noche á que hacemos referencia acudieron al llamamiento de la amable condesa, la duquesa de Ahumada, marquesas de Coquilla, Goicoerrotea, Laguna, Villa-Mantilla, Castrillo, Benamejes, Cerrallo, Almenas, Santa-Marta, Bueno, Santa María del Villar, condesas de Toreno, Orgaz, Peñalver, Balmaseda, San Rafael, Canga-Argüelles, vizcondesa de Aliatar, señoras y señoritas de Narvaez, O'Donnell, Fuero, Blanco, Caballero, Cárdenas, Gor, Villavicencio, Torre-Pando y otras que en este momento no recordamos.

El *minuet*, la danza favorita de nuestras abuelas, que no se había bailado en la corte desde que aristocráticas bellezas madrileñas le bailaron hace algunos años en los salones de la marquesa de Viana, volvió á hacer noches pasadas su fantástica aparición como recuerdo de antiguos tiempos en casa de la condesa de Villalobos.

Fué bailada la característica danza del siglo pasado de un modo admirable, con su majestuoso acompañamiento de reverencias y genuflexiones, por las Srtas. de Velarde, Callejón, Marquez, Gómez, Goicoerrotea y Aparicio. A este ceremonioso baile de la etiqueta antigua sucedieron animados valeses modernos y la concurrencia abandonó el palacio de Villalobos rogando á la complaciente condesa repitiera á menudo sus invitaciones.

Han llegado á Madrid los jóvenes príncipes de Baviera D.<sup>a</sup> Paz y D. Fernando.

La princesa no puede ocultar la alegría que rebosa en su pecho al hallarse en tierra española, aquí donde vió la luz primera y donde residen seres á los cuales le liga estrecho parentesco y le son queridísimos.

D.<sup>a</sup> Paz de Borbón es española de pura raza, y el hijo que lleva en su seno, á pesar de pertenecer á la nacionalidad alemana por el padre, nacerá en nuestro hermoso mediodía, donde se meciera la cuna de su augusta y joven madre.

Nada tan animado en Madrid como el invierno,

y del invierno, ningún mes tan favorecido en bailes y diversiones como el mes de enero.

De ahí se desprende que, en plena estación de los fríos, nos hallemos perplejos en acertar la elección de modelos que nos parecen propios para nuestras adorables lectoras; izon tantos los que en revuelto torbellino se ofrecen á nuestra inspección! Con todo, intentaremos sacar de ese nuevo laberinto, no parecido al famoso de Creta, algo útil y conciso, prescindiendo del mágico hilo que diera Ariadna á su protegido y valiéndonos por el contrario de ese otro resorte llamado buen gusto, único que priva en nuestros modernos tiempos.

Como anticipándose á la severa cuaresma y á sus austeras pláticas, la moda aconseja el uso de vestidos negros para visita, vestidos que pueden hacerse en terciopelo ó faya, sin perjuicio de que aquellas de nuestras lectoras que lo crean oportuno puedan, sin faltar á las leyes generales de la elegancia, usar propiamente para visita trajes de colores oscuros.

El verde mirto se halla generalmente aceptado para trajes de paseo. Uno hemos visto de este color, elegantísimo. Consistía en falda redonda con volante plegado al borde, túnica drapeada, cuerpo de peto orillado de terciopelo y sombrero de fieltro forma *Mosquetero* con gran pluma á un lado.

La linda condesa de B., en una de las brillantes reuniones que consignamos en otro lugar de este número, vestía precioso traje de brocado con rosas granate del mejor gusto. El cuerpo era también de peto y la falda formaba por delante un gracioso delantal.

Para recibir, indicaremos á nuestras abonadas un traje lindísimo que no há mucho admiramos en una de nuestras aristocráticas casas. Es de granate oscuro, combinación de faya y lana. Adorna la falda, confeccionada con la última de estas telas, un plegado terminado con ancho vies de faya, túnica con *pouf* sujeta con cintas de faya, cuerpo-chaqueta abierto por delante sobre faya, cuello alto, abierto y corbata de *surah*.

La gran variedad de manguitos hoy en boga, aparte de los de pieles, se hacen de felpa adornándolos con encajes y lazos. Hemos visto algunos sumamente elegantes, de terciopelo bordado de azabache. Puede colocarse sobre el lazo que generalmente adorna á estos manguitos un ramo de flores, particularmente si se hallan destinadas á jovencitas.

En la presente época, mis queridas lectoras, y á consecuencia de los múltiples bailes y reuniones con que brinda la sociedad, la vida elegante irroga cierta fatiga que se trasparenta con frecuentes irritaciones de la piel. Preveyendo este caso, siempre prontas á aconsejar cuanto pueda favorecer la dulce belleza de la mujer, sin hallarse en abierta oposición con la higiene, nos permitimos aconsejarla, para combatir las irritaciones de la piel, que tomen nuestras lectoras arroz mondado 54 gramos, y agua de río 500 gramos. Hágase hervir hasta que disminuya á una tercera parte, añádasele jugo de berros 12 gramos y tintura virginal 10 gotas.

Lavándose frecuentemente con esta composición por demás inofensiva, se conserva de un modo notable la frescura del cutis, cualidad tan indispensable para la belleza como la corrección de facciones. Lo repetimos, no ataca, antes bien contribuye á gozar el tan deseado privilegio de la salud, y no olviden mis lectoras que en todas las edades de la vida la salud es el principal agente de la hermosura.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 22 enero 1884.

## EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

### 1 y 2.—Trajes de paseo.

**1. Falda plegada** de grano de seda color granate, con tira de terciopelo del mismo color en el bajo: túnica de brocado granate, cerrada por un plegado de encaje, también granate. Gran visita de otomana bordada de un dibujo que forma ojo de pavo, negro el fondo y perlas granate al rededor. Banda de terciopelo negro al rededor de las mangas y de toda la visita. *Capota-visera* de *surah* granate: todo al rededor del ala, lleva un bullonado de terciopelo granate, por dentro va forrada de raso del mismo color y adornada con plumas rosa y granate.

**2. Blusa-visita** de grano de seda gris hierro guarnecida de terciopelo negro. La falda de esta blusa forma *puf* por atrás, por debajo de la cintura. *Capota* bullonada en el borde de terciopelo negro, *drape* al rededor de la copa de *Siciliana* color malva: plumas del mismo color.

### Gran panorama de trajes de baile y recepción.

**3. Traje con cuerpo escotado.**—Este modelo es de

raso azul pálido. El cuerpo es de escote redondo, rodeado de un encaje fruncido con hombrera de flores, enlazadas con una rama de capullos: el cuerpo concluye en chaqueta corta, plegada con anchos pliegues. Sobre la falda de raso va otra de tul, muy ancha, terminada en el borde por cinco pliegues sobrepuestos: guirnalda de flores sujetan por delante, hasta llegar debajo de la cola, la falda de tul, formando dos anchos bullones: cola de raso azul pálido. Flores en la cabeza.

**4. Traje con escote muy abierto en corazón por delante y detrás.**—La falda es de raso granate y drapeada por medio de pliegues: el cuerpo es de terciopelo muy escotado en el pecho y en la espalda, y rodeado este escote de un rico bordado de plata y guarnecido de un encaje ancho fruncido, que cae, en forma de tirantes, sobre los hombros. Camiseta de *tul plegado*; manga medio larga, terminando con un adorno igual al del escote. Guantes de 10 botones y collar de perlas.

**5. Traje con cola cuadrada.**—El delantero de la falda corta es de raso color aceituna y va bullonado, terminando por un plegado estrecho, encuadrando este delante, por los costados, pliegues anchos formando *quillas*. *Drape* de raso, cosido á la cintura y recogido en diferentes puntos. La cola cuadrada se hace de raso aceituna y de terciopelo de realce, un tono más claro, sembrado de ramos de los mismos colores pero de diversos tonos. Esta cola debe tener 170 centímetros de largo y 109 de ancho. El cuerpo, del mismo terciopelo de la cola, es alto con cuello oficial de terciopelo oliva y chorrera de encaje. De lo mismo se guarnecen las mangas.

**6. Traje con fichú Molière.**—Este modelo se hace de *faya* negra, con plegados á los costados, dejando un espacio liso en medio de la falda y levantada en *puf* por detrás. Las mangas largas, plegadas á lo largo y adornadas en el pecho con rico encaje oscuro. El *fichú* que guarnece todo el delantero del cuerpo se corta cuadrado, de 65 centímetros: en los costados lleva un ancho encaje fruncido: un tul engomado, de 21 centímetros, da forma á este fichú. Un alfiler de rosas cierra en el costado; el cuello alto: un cinturón de terciopelo color fuego, y un ramo de rosas, ajusta este fichú á la cintura.

**7. Traje de baile guarnecido de plumas.**—El elegante traje que representa nuestro modelo es de *surah* de color de caramelo. La falda va plegada y la túnica, fruncida á la cintura, cae muy larga y va drapeada por algunos pliegues. El cuerpo, muy escotado por delante, lleva una camiseta de gasa, plegada y guarnecida de una espléndida tira de plumas: por debajo de estas plumas van dos tiras de *surah* que se cruzan y rodean la cintura y van á unirse en drapeado al *puf* de atrás. Manga romana muy corta, rodeada de perlas gruesas y sujeta por un broche de pedrería. Adorno en la cabeza de plumas con un *sprit*.

**8. Traje con mangas y cuerpo drapeado.**—La falda primera es de raso color rosa pálido y termina por tres plegados de 12 centímetros de ancho con un borde cada uno de raso blanco. La túnica es de batista de seda sembrada de florecillas, debiéndose hacer muy ancha y muy larga, sujetándola á los dos costados por medio de *coquilles* de encaje fruncido desde la cintura al borde de la falda. El cuerpo chaqueta es de raso, cubierto de tul y terminando por detrás en un *puf* voluminoso recogido por medio de pliegues *coquilles*. El drapeado del escote figura una *berta*, y las mangas muy cortas se recogen á la espalda por una rama de flores. Gran collar de perlas finas con una peineta de las mismas en los cabellos.

**9. Traje con cuerpo en punta, escotado.**—Este elegante modelo se hace de terciopelo blanco, por detrás y por delante, y crespón de la China alternando. La falda, con cola pequeña, va cubierta de volantes de terciopelo cortados con puntas agudas de 7 centímetros de ancho. Estos volantes se cosen á la falda casi lisos. Con los mismos se adorna el borde de la cola, cubierta de un alto plegado de terciopelo de realce. La túnica, de crespón de la China, va adornada por delante de una franja ancha de felpilla de seda y drapeada por los dos costados formando *paniers* pequeños. El cuerpo, escotado, es de terciopelo blanco con punta delante, formando chaqueta por detrás. El escote va guarnecido de una *berta* drapeada de crespón de la China, guarnecida de una franja de felpilla. Gran ramo de flores en el pecho y la cabeza.

**10. Traje con túnica ricamente drapeada.**—La falda es de seda azul pálido, adornada de una tira de terciopelo azul más oscuro, de 15 centímetros de ancho: por debajo de esta cinta sale un volante de encaje, plegado como toda la falda: la *drape*, en forma de delantal, se corta cuadrada de 160 centímetros de largo y 164 de ancho. Va plegada en forma de abanico y puesta en *boufant* sultana y recogida por los costados sobre el *puf*. Este tiene 405 centímetros de largo y 144 de ancho; va cosido á la cintura de la falda y se *repliega* por abajo. El cuerpo, abierto en forma de corazón, va abrochado hasta el pico por pequeños botones muy juntos. Por detrás forma de chaqueta *postillón*. Las solapas y las vueltas de las mangas, de terciopelo blanco. La camiseta, de crespón liso plegado.

**11. Traje guarnecido de flores**—La falda de seda color rosa con drapeado de tul, bordado de seda: el cuerpo con pico y escote redondo, adornado de una guirnalda de flores *d'aubepine*, rosa doble: las mismas flores adornan los cabellos y recogen las *drape* del vestido.

## Trajes de máscara.

**12. Traje oriental.**—Este riquísimo y caprichoso traje se hace: el pantalón de raso rojo atado á la garganta del pié por un elástico y guarnecido por un fleco de felpilla; la falda y la manga larga abierta es de *cachimira*, bordada de plata y oro con flecos de seda; el cuerpo-cintura es de raso verde y la chaqueta de raso ó de terciopelo rojo; todo bordado con franjas de oro y flecos de perlas: el adorno de la cabeza es de gasa de seda ú oro con dos hileras de perlas en la frente. Abanico de plumas y zapatos de raso, bordados de oro y perlas.

## 13 y 14.—Trajes de época.

**13. Traje de Luis XIII.**—Vestido de rico brocado color oro, dos hileras, formando delantal, de lazos de terciopelo azul, con rica hebilla de pedrería cada uno de ellos. Cuerpo escotado abrochado por delante con rico cordón de seda: *berta* de encaje: manga de *trusa* con puño mosquetero: peinado Ana de Austria.

**14. Traje de Luis XI.**—Este bonito modelo es de terciopelo azul claro: en el lado izquierdo, una abertura deja ver una falda interior de raso color *grana*: el escote del cuerpo es cuadrado, dejando ver una camiseta de raso grana, que supone ser el vestido interior: manga de dos bullones con abrazaderas de raso blanco: del codo sale una manga ancha de finísima gasa de oro. Pelo tendido con una redcilla de perlas y oro, rodeada de una guirnalda de rosas blancas.

**15 y 16.** Estos modelos representan los núms. 13 y 14 vistos por detrás.

**17. Traje nacional ruso.**—La falda de este airoso traje es de seda rayada amarillo y verde. El cuerpo de terciopelo verde oscuro y cerrado por medio de un broche de plata. Camiseta de fina tela blanca. El delantal ruso se compone de entredoses de deshilado y tiras de raso, con un cintorón ancho, bordado de oro sobre raso verde y rojo que forma adorno con el cuerpo. El gabán puede hacerse de paño fino ó de *faya*, rodeado de una tira ancha de raso y forrado por dentro de blanca piel de cordero. El sombrero, que es muy característico, se hace alto, de terciopelo bordado de oro y plata y rodeado de un encaje de oro: dos anchas cintas bordadas de plata se cosen en lo alto del sombrero y caen por detrás.

**18. Delantero del traje de señora feudal, número 20.**

**19. Dominó de raso blanco y damasco blanco y rosa.**—Falda corta de faya color rosa con escarolado en el borde, de raso blanco: cola de raso blanco, rodeada de un pequeño encaje en el borde: mangas de terciopelo labrado de fondo claro-rosa y el realce más oscuro. Cierran por delante este dominó lazos de raso blanco: en los hombros, en las puntas de las mangas, en la capucha y en el *puf* lazos del mismo género; abanico oriental de plumas.

**20. Traje de señora feudal francesa.**—Nuestro núm. 18 deja ver la larga falda, levantada por el costado y sujeta por la cintura. El traje de señora feudal es muy sencillo para hacerlo y muy rico. El que nosotros representamos está hecho de terciopelo y brocado de oro damascado. La falda es de brocado y la sobre-falda drapeada es de seda blanca, forrada de azul claro y adornada de una franja ancha bordada. Nuestro modelo núm. 18 deja ver perfectamente la forma del cuerpo, que es muy corto de talle, y se hace de seda azul con bordado de oro y cuello vuelto con solapas de terciopelo negro. La manga lleva un puño ancho de terciopelo, de 9 centímetros de ancho y de 28 á 30 la abertura. El adorno de cabeza tiene 60 centímetros de alto y cubre todo el cabello, sobre el cual va, por una toca de finísima batista blanca, sobre esta una de terciopelo negro con adorno de pedrería en la vuelta, que por delante forma pico. El pico agudo se hará de brocado de oro sobre seda blanca: el velo puede ser de gasa ó de encaje: hebilla cuadrada cierra el cinturón de terciopelo: zapatos de punta aguda adornados de brocado de oro.

**21. Traje de la clase media de 1791.**—Este traje, de la época de la Revolución francesa, es muy elegante y favorece mucho á las señoras jóvenes. Nuestro dibujo número 22 reproduce el traje completo, que es: falda lisa adornada de dos tiras muy oscuras, de 6 centímetros de ancho: la cola, de tela rayada, va cosida á la cintura por medio de pliegues anchos: el cuerpo, de tela también rayada, va cerrado por delante por medio de un cruzado de cintas sobre un plastrón de tela lisa. Es escotado. Este traje puede hacerse de seda, lana y hasta de percal; el fichú se hará de muselina ó de tul, guarnecido de encajes con cuello fichú que rodea el cuerpo, y cruzándose por delante va á atarse por detrás. Plegado en el borde de la manga que va abrochada por tres botones y lazo de seda.

**22. Delantero del traje de la clase media de 1791, núm. 21.**

**23. Traje de pavo-real.**—Este caprichoso traje, y de un efecto sorprendente, se compone de falda corta, delantero de raso azul tornasolado y terciopelo color pavo-real: en el borde lleva un pequeño plegado del mismo raso sobre el que van dos órdenes de plumas de pavo-real. La túnica y el escote del cuerpo lleva el mismo adorno: cola larga de raso toda ella cubierta de plumas de pavo-real; abanico de las mismas plumas; adornan la cabeza tres plumas puestas en forma de *sprit*.

## PARÍS Á VUELA PLUMA.



El suceso que más llama la atención en Francia es la exposición de Niza, inaugurada desde mi anterior. Gran número de personajes marcharon á la apertura, ávidos de presenciar las fiestas que sucesivamente van á ocupar el tiempo de los elegantes que han acudido á aquella magnífica población durante el tiempo en que el palenque de la civilización permanece abierto.

Las corridas de caballos comenzarán la serie no interrumpida de diversiones; vendrá luego el concurso internacional de tiro en Mónaco, para ceder el puesto á las representaciones de *La Favorita*, *Fausto*, *Amleto*, etc., que serán cantadas por reputados artistas, entre otros por Julia Novelli y Pandolfini, á quienes ya mis lectoras de Barcelona han tenido el placer de oír en el Gran teatro del Liceo. Esto ocupará agradablemente el tiempo hasta Carnaval, cuyas locuras son célebres en aquella ciudad, y después tendrán lugar las grandes regatas internacionales.

El gran mundo prepara ya sus lujosos trenes y las bellas damas sus más ricas toilettes para exhibirse en este certamen del lujo, disfrutando al propio tiempo, que del agradable clima de Niza, de los variados placeres que acompañan á la exposición.

Respecto al palacio de la misma, merece el destino que se le ha dado, por la magnificencia desplegada en su construcción así como por la grandiosidad que representa. Magníficas esculturas debidas á Mr. Zacharie Astruc decoran la fachada, figurando entre otras el grupo colosal que representa Cannes, Niza y Mentón, las ciudades hermanas.

Otro de los monumentos con que se adornará dentro de poco tiempo Francia, es el que en Cahors va á erigirse á la memoria de Gambetta. Obra del escultor Falguière, el monumento que se elevará en la villa natal del célebre político es, á la par que sencillo, de magnífico efecto por la severidad de sus líneas y la buena colocación de las estatuas.

París se ha engalanado con el magnífico hotel que el diario *La France*, ha hecho construir para su instalación. En la calle de Montmartre, entre las de Saint-Joseph y Croissant, y en una superficie de 1000 metros cuadrados se ha elevado un edificio de tres pisos, entresuelo y bajos. La fachada honra á Mr. Ferdinand Bal, arquitecto, y la instalación á Mr. Allain, administrador del periódico, quien ha estudiado en el extranjero las mejoras que se podían introducir en el ramo.

En los bajos está colocada la maquinaria, en el entresuelo la administración y en el primero y segundo pisos la redacción. El edificio ha costado más de cinco millones.

La parca inexorable va paulatinamente segando las existencias sin reparar en su importancia ni en el aprecio que en el mundo se hace del desgraciado. Tocale el turno á Mr. Joseph Dacier, el célebre cantante que tanto furor había hecho en esta capital. Varias obras, entre otras *La Trente-deuxième*, música del mismo Dacier, habían sido puestas en moda por este cantante, á quien el público colmó durante años consecutivos de múltiples favores.

Varias exposiciones artísticas han tenido lugar en estos días. La tómbola Benassit, en la librería del Arte, cuyos productos se dedicaban para socorrer al pintor Benassit á cuya puerta llamó la desgracia.

Otra exposición, con objeto benéfico también, es la de obras de arte del siglo XVIII. La caridad ha hecho reunir en un local magníficas joyas de arte cuidadosamente guardadas en colecciones particulares, y que reunidas permiten á los artistas estudiar una gran colección de obras varias de joyería, dedálica ó pintura.

En la Escuela de Bellas Artes hanse formado dos exposiciones bastante concurridas con las obras de Sellier y Manet.

El teatro ha presentado aspectos varios, de los que trataré de dar ligera idea á mis caras lectoras. En la Renaissance se estrenó la opereta *Fanfreluche*, música de Mr. Serpette, la que ha eclipsado en parte el éxito que los dramas y comedias venían obteniendo poco tiempo há. En *Fanfreluche* ha desempeñado el brillante papel de protagonista, Juana Granier, inteligente actriz á quien colmó el público de aplausos.

No ha sido tan lisonjero el éxito de la zarzuela *Dormeuse éveillé* de Chivot y Duru, estrenada en los

Bouffes-Parisiens, cuya obra apenas ha llamado la atención. La música de Audran, aunque agradable, no está al nivel de la *Mascota*.

En el Hospital de San Luis los alumnos internos han puesto en escena una ópera polimorfa, cuyos productos se destinaron al alivio de los albergados. Esta ópera *sui generis* estaba compuesta de drama, ópera, baile, tragedia y pantomima, mezclado todo de un modo confuso y extraño. Esta fantástica obra es original de varios alumnos internos, y los autores han sido ayudados en su ejecución por varios artistas de los teatros de esta capital.

Ya que reseño los éxitos teatrales, creo deber mencionar el obtenido en Bruselas por la ópera *Sigurd*, partitura de Mr. Reyer, de esta capital. La obra tiene condiciones de elevada inspiración y genio, y á pesar de seguir en ella la escuela de Wagner, permanece la personalidad de Mr. Reyer completamente original y francesa.

La interpretación de *Sigurd*, leyenda escandinava, ha sido excelente, sobre todo por parte de Mme Carón, cuya voz fresca y bien timbrada, al par que su talento y beldad, le valieron un éxito completo. El aparato escénico ha sido magnífico, tanto por la riqueza en la ornamentación, como por el gusto artístico desplegado.

Poca cosa puedo decir á mis amables lectoras acerca de la moda. El invierno, que hace sentir sus efectos en esta capital, aleja al mundo elegante, y la exposición de Niza entre otros varios puntos atraen la concurrencia que de esta población corre en busca de clima más cálido.

Hasta la primavera no comenzarán las grandes reuniones, en las que la moda presenta cuanto capricho y lujo es susceptible en esta gran villa y de las que podré dar alguna reseña á su época.

Respecto á los niños despliega un lujo casi ridículo que perjudica la natural gracia infantil al estar sobrecargados los trajes de adornos que ni permiten moverse libremente. El paletó Richelieu es el abrigo que priva, y las chaquetitas plegadas acostumbran hacerse con el chaleco formando todo una pieza.

EMMA.

## EL PECADO DE MAGDALENA

(Continuación.)

—Todo el mundo lo ignoraba, contesté precipitadamente, tanta era mi necesidad de huir de la precisión de hacer mentir á mi boca y mi corazón. Roberto, á vuestro honor confío este secreto.

Este se inclinó sin responder, y guardamos silencio largo rato.

—Entonces, dijo, todo ha concluído pues! ¡Adiós mi hermoso sueño!

Dió algunos pasos hacia la puerta, y luego volviéndose de pronto:—Yo conoceré, dijo, al que me preferiré; le conoceré.

—Y cuando le hayais conocido, dije con calma, creo que os acordaréis de que al confiaros mi secreto, no os he dado el derecho de abusar de él contra mí.

Roberto se dejó caer en una silla. Partiré, dijo, nada tenéis que temer.

—¿Por qué partir? ¿Qué iréis á buscar lejos de nosotros? ¿No tenéis aquí una familia? ¿No tenéis una amable y adorada esposa, la mejor, y más perfecta que pudierais desear? Y una hermana leal, Roberto, añadí tendiéndole la mano, una fiel amiga, creedlo. Dejáos amar y no partáis.

—¿Para ser testigo de vuestra felicidad, no es cierto? —¡Oh! exclamé imprudentemente, Dios sabe que el espectáculo de mi felicidad no os ofenderá nunca, indudablemente.

—¡Es posible!... ¿Amáis sin esperanza? Sí, me quedaré; quién sabe si más adelante...

—No, no esperéis nada, Roberto, porque debéis saber que encierra para mí más felicidad esta sola expectación que todas las felicidades de la tierra...

—¡Basta! ¡Basta! murmuró con voz ahogada; no es necesaria tanta crueldad. Y se retiró.

Roberto no volvió al día siguiente. En un billete muy lacónico, en el que mentaba friamente á Luisa, participó que estaba enfermo. Mi tío fué á verle, acompañado del médico de la familia, y le encontraron levantado, pero con un poco de calentura. Esta indisposición real ó fingida se prolongó; mi tío le visitaba diariamente, pero Roberto preguntaba apenas por nosotras, y no hablaba de volver á vernos. Luisa empezó muy pronto á inquietarse. Esta súbita frialdad después de tanta solicitud era inexplicable para todos, menos para mí. Mi tío también se sentía inquieto, y yo temía que en una de sus visitas matinales abordara francamente una explicación. ¿Qué quería Roberto? ¿Hacer presentir sin duda su retirada? Esta idea, la única verosímil, me atormentaba. En esta ansiedad resolví escribirle; firme en mis intenciones y en mi abnegación, prescindi sin vacilar de los usos establecidos, sa-

GRAN PANORAMÀ DE TRAJES DE BAILE Y SOIRÉE.



Bartholomew

3.—Traje con cuerpo escotado. 4.—Cuerpo escotado en forma de corazón. 5.—Traje con cola cuadrada. 6.—Traje con fichú Molière. 7.—Traje de baile adornado de plumas. 8.—Traje con cuerpo y mangas drapeadas. 9.—Traje con cuerpo de pico, escotado. 10.—Traje con túnica drapeada. 11.—Traje graneado de flores.

liéndome del camino natural. «Volved, le escribí; Luisa os ama, y vuestra ausencia la mata. Habéis dejado crecer y arraigarse, sin inquietaros de lo que pudiera hacerla sufrir, un amor que todo excitaba en ella, y ahora no tenéis el derecho de huír, arrebatando la paz á su joven alma.»

Y continué escribiendo así, sin orden, todo lo que mi ternura profunda hacia Luisa podía inspirarme. Esa nueva llama, ese ardor desconocido que sentía circular por mis venas desde que era amada, la dejaba desbordar en tropel por Luisa y á su nombre. «¿Qué esperáis del porvenir? le decía. ¿Qué iréis á buscar por el mundo? La felicidad está aquí: os sonrío y os tiende la mano, esa felicidad que vuestro padre había soñado para vos, esa felicidad que vos mismo habéis venido á buscar, más hermosa, mejor que la que podíais imaginar, y vos la desdenáis por una quimera, porque yo no soy tal como habéis creído: amáis en mí la alma nueva, ignorante del amor, y yo conozco de él las dulzuras y tormentos. ¿Qué es lo que habéis amado? ¿Y qué haréis ahora de vuestra vida? ¿La arrojaréis á merced de los vientos? ¡Ah! Roberto, vos no seréis dichoso, y habréis muerto á una niña inocente. ¿Cómo habéis podido pensar, imprudente, que os vería todos los días á su lado sin amaros?»

Escribí varias cartas que quedaron sin respuesta, las que tuve, bien á pesar mío, que confiar á los criados de la casa para remitirlas á su destino. No tenía costumbre de salir sola, y Luisa no se apartaba de mí, y apremiaba el tiempo. No obstante mi repugnancia y aprensión, tuve que resignarme á poner en conocimiento de los sirvientes, el objeto que me proponía. Era imposible que no hubiesen observado la prolongada ausencia de Roberto, y la coincidencia de mis cartas misteriosas con esta ausencia podía dar lugar á malévolas suposiciones. Un aire de impertinente inteligencia que sorprendió en el momento en que Justina recibía mi última carta me probó que no me equivocaba. Sin embargo, no me arrepentí, y la rectitud de mis intenciones me tranquilizó.

Lo que me atormentaba mucho más era el singular silencio de Roberto y la creciente tristeza de Luisa. Esta esperaba siempre: el menor ruido la estremecía; cada vez que se abría la puerta del salón, un vivo carmín cubría su rostro; yo no sabía qué decir, qué contestar á sus preguntas, á su mirada inquieta, fija dolorosamente en mí, como si adivinara, pobre niña, que yo sola sabía el secreto que la hacía sufrir.

Mi tío también se mostraba muy preocupado; hacía ya algunos días que no había ido á ver á Roberto y evitaba pronunciar su nombre. La situación, era intolerable y yo comprendía que no podía prolongarse. ¿Qué hacer? Yo estaba desanimada. Me veía impotente para salvar á Luisa; pero no me ocurrió ni por un momento alcanzar mi felicidad á costa de la suya: sentía derrumbarse el edificio de nuestras íntimas alegrías y no podía evitarlo, y así me sepulté resueltamente entre sus ruinas.

Una noche estábamos en el salón los tres. Luisa, agitada y enferma, se había dejado caer en una mecedora y tenía los ojos cerrados; tal vez quería, durmiendo, hacer más breve el tiempo; tal vez, fingiendo dormir, esperaba únicamente sustraerse á la necesidad de tomar parte en la vida común. Mi tío leía y yo bordaba meditando. Reinaba un profundo silencio, cuando cerca de las diez se abrió la puerta y apareció Roberto. Yo no pude contener un grito de sorpresa, y Luisa se levantó poseída de una emoción tan viva que me asustó, tanto era lo que se denotaban en esta los temores y sufrimientos pasados. No hay palabras con que pintar la expresión de alegría que resplandecía en su rostro: no sé si la hija de Jaira experimentó semejante embriaguez de gozo cuando salió de entre las sombras de la muerte.

Me pareció que Roberto no había cambiado en nada; sostuvo la conversación con el desembarazo y naturalidad acostumbradas, y á los tímidos reproches que le dirigía Luisa:—Estaba enfermo, contestó sencillamente, sufría, querida Luisa; pero todo ha concluido, y no me apartaré jamás de vuestro lado, y besó sonriendo el extremo de sus dedos.

Mi tío le acogió al principio muy friamente; pero su rencor desapareció ante la emoción radiante de su hija. ¡Pobre y querida Luisa! amaba demasiado para saber fingir, y esto ni aun acudió á su imaginación. Habiendo vuelto Roberto, olvidó cuanto había sufrido, y se mostró tan alegre y cariñosa como siempre. Al contemplarlos, parecía que la víspera se habían separado como buenos amigos y que nada particular había pasado entre ellos. La velada transcurrió familiarmente, como tantas otras, pero con un sentimiento más vivo de aquella felicidad que creímos perdida.

A contar de aquella noche, Roberto volvió como de costumbre: todo tomó su aspecto habitual, y aquellos días de dolor quedaron relegados al olvido como si no hubieran existido. Hasta me pareció que Roberto estaba más alegre, más expansivo que antes. Yo le observaba, no sabiendo si debía regocijarme ó asustarme por aquel cambio.

—Teníais razón, me dijo la primera vez que nos encontramos solos; perseguía una quimera; pero todo ha terminado, completamente terminado, os lo juro. Un día pensé huír, pero en el momento de partir me apercibí que además de vuestra persona había algo que me retenía todavía en esta Francia que me habéis hecho amar. Desde hoy en adelante mi existencia está unida á la de Luisa, á la vuestra, á ese conjunto de seres y sentimientos que he conocido aquí y que no volvería á encontrar más... He recibido vuestras cartas y las he bendecido porque me han

abierto los ojos. Sí, amaré á Luisa, ya la amo. ¿No sería yo un insensato y criminal si huiera de esa encantadora criatura, de esa alma cándida en que puedo reposar mi mirada sin temor de encontrar en ella ni la más insignificante sombra? Gracias, Magdalena, por haberme iluminado; me lo habéis confiado todo lealmente, sin fingida modestia; tenéis un valiente corazón y hallaréis en mí el más adicto y más respetuoso de los hermanos.

Pronunció esta última frase con cierta solemnidad, como para tranquilizarme respecto al porvenir y borrar todo lo pasado.—Os creo, le dije, tendiéndole la mano.

Aquella misma noche pidió oficialmente la mano de Luisa.

#### IV.

No seré molesta sobre lo que ocurrió en los días siguientes. Los preparativos del *trousseau* y la elección de la canastilla corrieron á mi cargo, proporcionándome continuos pretextos para ausentarme sin afectación y dejar solos á los dos jóvenes. Yo misma cuidé de la instalación de su aposento y vigilé todos los detalles con la solicitud de una madre. Gracias á la generosidad de mi tío, les preparé un nido de una elegancia maravillosa; nada me parecía bastante bello, de forma bastante perfecta, ni los colores bastante armonizados.

Sin embargo, más de una vez, cuando los operarios se agitaban en rededor mío, aguardando y ejecutando mis órdenes, sentía que las lágrimas asomaban de pronto á mis ojos. Más de una vez también, cuando, fatigada de la tarea de todo el día, iba á descansar al lado de Luisa y de Roberto, sentía que el corazón se me oprimía dolorosamente al sorprenderlos inclinados cariñosamente una hacia otra hablando á media voz. No obstante, Roberto no afectaba una pasión que no sentía sin duda todavía, pero atestiguaba á Luisa una ternura atenta é indulgente. Luisa se mostraba dichosa, ignorando sin duda que el amor pudiera expresarse con otras miradas y hablando otro lenguaje. Por mi parte, ponía todo mi cuidado en reprimir cierto arrepentimiento de mi debilidad que sorprendía algunas veces mi valor; hubiera querido ocultármelo á mi misma. Entre Roberto y yo, todo quedaba olvidado; nuestras relaciones fueron lo que debían ser, afectuosas y sencillas.

El casamiento estaba fijado para el 20 de Julio. Yo deseaba que llegase ese día de todo corazón, esperando recobrar la calma ante los hechos consumados. Ese día llegó por fin. Yo misma vestí á Luisa, yo engalané con profusión de blondas y encajes su traje de novia y coloqué en su cabeza la corona blanca. Jamás la había visto tan bella.

Partimos para la iglesia. No intentaré referir lo que sufrí durante la ceremonia religiosa. Mis padecimientos excedieron á toda ponderación humana. La especie de entusiasmo que me había sostenido hasta entonces se enfrió de pronto y me encontré bruscamente cara á cara con una horrible realidad. Roberto estaba allí en mi presencia; yo le amaba, y estaba perdido para mí. Su calma, su aspecto impasible y altanero me incitaban; hubiera querido sorprender á lo menos algún rastro de duda, alguna sombra de pesar. Yo sentía sentimiento hacia Luisa por no haber sabido adivinar el sacrificio que hacía por ella; yo amaba al mundo entero. Yo me decía que el cielo no permitiría que semejante enlace tuviese efecto, y deseaba que en mi auxilio se desprendiera un rayo de la bóveda celeste. De rodillas, con la cabeza oculta entre mis manos, parecía que rezaba en tanto que se sublevaban en revuelta confusión todas mis facultades. Sin embargo, el matrimonio tuvo efecto con gran satisfacción de todos, recibiendo la bendición del cura. Dios no hizo uso de su poderosa intervención para impedirlo, el sol continuó extendiendo sobre nosotros sus espléndidos rayos, y nadie sospechó mi desesperación.

El resto del día se pasó en los preparativos del baile que se daba por la noche. A pesar de lo adelantado de la estación, Luisa había deseado reunir en su casa á todas sus amigas, y la invitación fué numerosa. El hotel y el jardín se iluminaron espléndidamente. Luisa tenía, bajo los brillantes con que estaba adornada, un brillo verdaderamente sobrenatural; su mirada y su sonrisa eran radiantes. Yo he guardado de esta fiesta un recuerdo muy confuso; yo circulaba entre los grupos como una sonámbula sin ver y sin pensar; sentía una pesadez de cabeza insoportable.

Antes de terminar el baile, me retiré, quebrantada, á un rincón del gabinete, de aquel mismo gabinete donde Roberto una noche me confesó su amor, y allí, sola, oculta entre inmensos jarrones de flores, olvidada de todos, entre el ruido de la fiesta, recordé aquella escena rápida y funesta. ¡Con qué insensata esperanza se embriagó mi alma por cortos instantes! ¿Era, pues, verdad que todo se había perdido, perdido para siempre, queriéndolo yo? Mi razón se extraviaba; todo cuanto me rodeaba se me aparecía enlutado, y el vals que arrastraba en su torbellino sin número de alegres parejas, resonaba fuertemente en mi cerebro enfermo; mis arterias latían con violencia, y me parecía oír el doblar de las campanas. En medio de la nube que se hacía cada vez más espesa ante mis ojos, divisé á mi tío que me buscaba; hice un esfuerzo para salir á su encuentro, pero no conseguí levantarme y me ví obligada á apoyarme en su brazo para sostenerme.—¿Qué tienes, hija mía? me dijo con ternura; parece que sufres... ¿será efecto del cansancio?

—Sí, la fatiga... balbuceé sin saber lo que decía.

—Es necesario que te vayas á descansar, pobre Magdalena, no puedes tenerte en pié. Ya se pasó ese día tan

cansado, se ha pasado bien, gracias á Dios, y ahora vamos á mimarte; te has tomado tanto trabajo, has estado perfecta, admirable... Dios te bendecirá, hija mía, y tu anciano tío pasará su vida procurando hacerte feliz.

Me parecía que iba á morir.—Escucha, hijita, dijo bajando la voz, Luisa está también muy fatigada, ¡pobre niña! Vé, bondadosa Magdalena, á suplir otra vez más á la madre que no tiene. Condúcela á su aposento.

No tuve fuerzas para contestar; sin embargo, la tuve todavía para obedecer. Llamé á Luisa y la conduje hasta el umbral de su habitación, pero al llegar allí me detuvo una fuerza irresistible: quise que entrara sola en aquel reino donde sola debía reinar, y que nada que á mí tocara pudiese penetrar allí, ni ante el fugaz perfume de mi *bouquet*. La abracé y me fuí corriendo á mi cuarto, donde caí sin sentido.

Por la noche fuí atacada por una grave enfermedad, y durante algunas semanas estuve más cerca de la muerte que de la vida; estuve casi constantemente delirando, y en los cortos instantes de lucidez, me asediaba el temor de haber revelado mi secreto; Luisa y mi tío no se separaron ni un momento de mi lado: al salir de la crisis, les encontré siempre junto á mí, espionando los síntomas del mal. Dos ó tres veces me pareció ver también á Roberto. Cuando recobraba la razón y veía sus miradas inquietas fijadas en mí, en lugar de quedarles agradecida, me irritaba por tener tantos testigos de los trasportes de mi espíritu. El dolor, las lágrimas de los que me rodeaban no me conmovían: me anunciaban el peligro sin causarme emoción: veía acercarse la muerte sin sentir alegría ni pesar. En medio de los síntomas de una próxima descomposición, sólo una idea me dominaba, y era que amaba á Roberto y debía callarlo eternamente.

La enfermedad disminuyó, pero el temor de haber hablado durante mi delirio, me era insoportable. Interrogué á los que me rodeaban; observé sobre todo á mi tío y á Luisa, creyendo siempre observar en su semblante alguna expresión no acostumbrada, algún signo revelador. Repetí infinitas veces mis investigaciones con esa tenacidad y esa astucia peculiares á los monómanos. Nadie comprendía la singularidad de mi preocupación, y me contestaban con infatigable complacencia, atribuyendo á la fiebre el desorden de mis facultades mentales. Por más que les interrogaba reunidos ó separadamente, repitiendo con insistencia sus respuestas, ensayando mil maneras de sorprenderles, nada descubrí y acabé por tranquilizarme poco á poco. Este convencimiento apremió mi convalecencia. Al fin me dejé llevar por la emoción de volver á la vida, á ese incomparable bienestar que conocen sólo los que acaban de escapar á las asechanzas de la muerte. En seguida que me pude levantar, los médicos aconsejaron que me sacaran al campo.

Estábamos ya en el mes de Setiembre, y un día hermoso y templado partimos para Ville-Ferny. Mi tío, temiendo que me fatigase, no quiso que viajáramos en ferrocarril, y me hizo conducir con Luisa en coche. Él mismo, retenido por los negocios, no debía reunirse con nosotros hasta el día siguiente. Roberto nos tomó la delantera por la mañana. Nos aguardaba en la gradería exterior cuando llegamos á las siete de la noche; me ayudó á descender del coche y me condujo á mi cuarto. Por orden suya se había puesto la mesa en el saloncito de labor que precedía á mi dormitorio. Los candelabros, con profusión de bujías encendidas, daban al aposento cierto aspecto de fiesta. Observé que las jardineras estaban llenas de mis flores predilectas, y que estaban colocados en un velador, al alcance de mi mano, libros escogidos entre los que más me agradaban. Se sirvió la cena. Roberto y Luisa despidieron á los criados y quisieron tener el gusto de servirme ellos mismos, atentos á prevenir mis deseos y á evitarme la fatiga del menor movimiento. Esta velada es de la que guardo más hermosos recuerdos. Yo no podía resolverme á dejar la compañía de mis buenos amigos y entregarme al descanso; yo los retenía á mi lado con las instancias de niño mimado; me cogí á Luisa inventando mil pretextos para que no se fueran todavía: sin embargo, fué preciso separarnos.

Transcurrieron algunas semanas en un estado de dulce languidez, quitándome mi debilidad la facultad de pensar y recordar. No obstante, fuí recobrando fuerzas y con ellas un sentimiento agudo de mi existencia. Empecé á observar, y como era natural, Roberto y Luisa fueron objeto primitivo de mi atención: me pareció que uno y otro eran completamente felices. Procuré alegrarme por esto, pero tuve que luchar frecuentemente contra accesos de amargo descorazonamiento que fueron una carga para mí.

En esta disposición volvimos á París. Luisa y Roberto, jóvenes y bien parecidos, fueron festejados y solicitados por la sociedad elegante: cada noche nuevos placeres los llamaban lejos de la familia. Yo quise seguirles al principio, pero esta vida bulliciosa y continua me fatigaba sin distraerme, y renuncié á ella bien pronto. Pretexté el mal estado de mi salud, y mientras Luisa y su marido brillaban en fiestas renovadas sin cesar, yo hacía compañía á mi tío. Así fué como, obstinadamente recogida sobre mi misma, pasé las largas veladas de invierno en la contemplación de mi mal. La alteración notable de mi salud alarmó á los que me rodeaban. Todos renovaron sus cuidados, pero como el origen de la enfermedad era desconocido y profundo, todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Reapareció la primavera; los salones fueron cerrándose uno tras otro, y la campiña, rejuvenecida, atrajo de nuevo á sus inconstantes huéspedes: yo sola no experimenté

cambio alguno. Yo iba y venía, me agitaba, hasta reía; pero el alma estaba retraída. En tanto que mis fuerzas renacían al parecer en la embalsamada tranquilidad de los campos, al soplo refrigerante de un aire más puro, mi sér moral se disolvía rápidamente presa de mi secreto y único pensamiento: los instintos egoístas que dormían en el alma se levantaban cada día más débilmente combatidos y pervertían sin conocerlo yo mi voluntad. Yo, que me había complacido tan locamente en el silencio de mi sacrificio, me abandonaba ahora á los más cobardes pesares. Sólo me restaba el orgullo, y en el momento en que le sentí pronto á su vez á hacerme traición, fué cuando comprendí aterrorizada á qué grado de rebajamiento moral había descendido.

(Se continuará).

## LAS SEÑORITAS DE MONTROBERT.

(CONTINUACIÓN).

—¡Hermana! ¡hermana! gritole Blanca entre sollozos, abrazando á Berta y cubriéndola de besos.

—Hermanita, soy fuerte, dijo la valerosa jóven sentándose con la carta y cinta entre las manos. Pero me parece que nuestro padre se va á desmayar. Socórrelo.

En verdad el barón agotaba sus fuerzas, castigado tan de golpe en su tenaz ambición, en su más caro deseo y en sus risueñas esperanzas. Se encontraba tan agobiado ante tan gran desgracia, que no podía esperar fuerzas ni de su altivez aristocrática, ni consolar á su hija, ni aún sobreponerse ante el mensajero.

No había podido leer el fin de la fatal carta en que el coronel del Royal-Champagne le anunciaba que su sobrino había muerto cubierto de gloria como un valiente oficial y un noble de corazón. No veía ni comprendía nada más que Gastón era su esperanza, su dicha, su gloria, el apoyo y germen de su raza, y que una traidora bala enemiga le había arrebatado á Gastón.

Así es que su valor, su orgullo y hasta su corazón parecían haberse roto de un solo golpe. Cuando Blanca se acercó al macizo sillón para ayudar á su padre y procurar consolarle, le encontró echado atrás, los dientes apretados, los ojos cerrados, inmóvil, frío y lívido.

Dió agudos gritos y acudieron los criados. Transportaron al barón á su cuarto, y el cirujano de Montrobert, llamado enseguida, le practicó una sangría. A los pocos instantes el enfermo hizo un movimiento, abrió los ojos, balbuceó algunas palabras confusas, quitósele la debilidad, pero le atacó la fiebre.

Agitábase el barón en su lecho, prorumpía en exclamaciones de sufrimiento y terror, ocultaba su cabeza entre las manos y cerraba los ojos creyendo ver fantasmas. Pedía á Dios perdón, pareciendo que luchaba contra seres espantosos é invisibles. Algunos ancianos criados que le rodeaban, asustados por sus arrebatos, creían verle morir á cada instante. La pobre Blanca estaba allí; ella, que tan alegre y tranquila estaba la víspera, tenía que hacer su aprendizaje de dolor á la cabecera de la cama en que yacía su padre en peligro, con el luto y la ansiedad en el corazón.

Berta no estaba allí, puesto que á pesar de su valor la joven había tenido que ceder á su debilidad, y durante aquella noche angustiosa su hermana la había confiado al cuidado de una anciana servidora que había cuidado de su infancia y amádola desde la cuna.

Al amanecer, el barón de Montrobert calmose algo, sus mejillas palidieron, sus miembros dejaron de agitarse, su respiración se tranquilizó, y al poco tiempo quedó aletargado. Entonces Blanca, algo tranquila, examinó con esperanza el rostro pálido y fatigado de su padre, besó con cariño su mano rugosa que pendía fuera de la cama, y recomendándolo al cuidado del intendente y de una anciana mujer de su confianza, salió despacio para ver á su hermana.

La encontró pálida, pero resignada, arrodillada en un reclinatorio y fijando sus miradas ávidas de consuelo en el crucifijo de marfil al pié del cual había colocado la cinta. Un retrato pequeño de Gastón estaba colgado en la pared, y en él se fijaban sus ojos cuando en raros intervalos los separaba del crucifijo.

—Vengo á llorar contigo, dijo al entrar Blanca. Berta levantose sin poder articular palabra. Se arrojó al cuello de su hermana y la apretó largo tiempo contra su pecho, llorando, sollozando y con-

centrando su alma y dolor en los besos que le daba. Después hallose más fuerte y consolada.

—No lo lloraremos siempre, dijo, pero siempre le amaremos: pensaremos y hablaremos de él hasta el día en que vaya á reunirme y que comencemos á pasar juntos la eternidad. Hasta entonces tengo otros deberes que cumplir, Blanca... deberes y dicha, puesto que me alegraré de las tuyas. Además yo soy quien debo reemplazar á Gastón cerca de mi padre; he de redoblar mis cuidados y amor para hacerle olvidar... ¡Pobre padre! ¡cuán dura ha sido la prueba!

—Era horroroso el verle sufrir esta noche. Berta, yo no conocía el sufrimiento. ¿Es que trae consigo un desaliento, una tristeza y agitación desesperadas? Mira; tú que recuerdas y sufres, tú que has perdido al amado de tu corazón, al amigo de tu infancia, tienes el ánimo sereno, la voz dulce y el alma resignada. Pero mi padre gime, grita, maldice, se tortura, acusa al cielo y no se resigna. Berta, debes ir á verle, quizás se aplaque al verte fuerte y cariñosa. Pero duerme un este instante y no debemos turbar su reposo, añadió al ver que su hermana se levantaba.

—Roguemos por él, dijo Blanca arrodillándose. La Providencia ha lacerado nuestros corazones, y ella sola puede verter el bálsamo consolador. Estaremos más tranquilas acerca la suerte de nuestro padre cuando le hayamos encomendado á Dios.

### IV.

#### LA REVELACIÓN.

Oraron largo rato con fervor, hasta que un criado la interrumpió diciéndoles:

—El señor barón está despierto, y aunque débil, desea ver á las señoritas.

El recado causoles agradable sorpresa. Sabían cuán grata era su presencia á su buen padre, y esperaban á fuerza de cariño apaciguar su inquietud y casi consolarle.

Mas al entrar en la cámara del barón y apercibirlo, desvaneciose su esperanza. Creían hallarlo débil y triste, pero estaba reconcentrado, sombrío, en sus ojos no se veían lágrimas ni oíanse sollozos en la voz, tan sólo notábase la aflicción por sus miradas furtivas y brillantes y sus labios cerrados como si hubiesen querido que la lengua permaneciese por siempre muda. La nube que velaba la frente del barón no era de pesar, sino que se asemejaba al remordimiento. El carmín que coloraba sus mejillas procedía quizás de la fiebre... pero podía ser de vergüenza.

Las jóvenes no comprendieron lo que pasaba en el interior de su padre, pero halláronse cortadas y timidas al lado del enfermo.

Temían una oculta desgracia, temblaban sin saber por qué ante este triste silencio, esa sombría agitación y la extraña frialdad con que les acogía su padre.

Durante largo tiempo permaneció callado el barón dirigiendo á uno y otro lado miradas frías, inquietas, asustadas y pasando la mano por la frente como para alejar un recuerdo que le agobiaba. Al fin, después de fijar la mirada en el crucifijo, decidióse á hablar.

—Dentro una hora vendrá el capellán, dijo con ronca voz, entrecortada y temblorosa, en la que se percibía la ansiedad de la lucha. Pero antes de confesarme con él, quiero hacerlo con vosotras, hijas mías. Acercaos.

—¿Qué decís, padre mío? dijole Berta arrodillándose y apretando las manos del barón á quien creía presa del delirio.

(Se continuará).

## SECCIÓN RECREATIVA.

### CHARADAS

#### I

Cuatro-tres, prima-tercera y dos-tres un cinco-cuatro; voy adonde ella tres-quinta en prima-quinta; jugamos al prima-quarta; después cuatro-dos también el piano y un quinta-tercera doyla pues dos-tres una-dos la amo; mas dos-cuatro pone la todo, que llega en el acto y con su poder tras ella me obliga á salir pitando.

#### II

Cuarta-segunda personas el todo, tercia-primera, pretendiendo quitar de él alguna segunda-tercia.

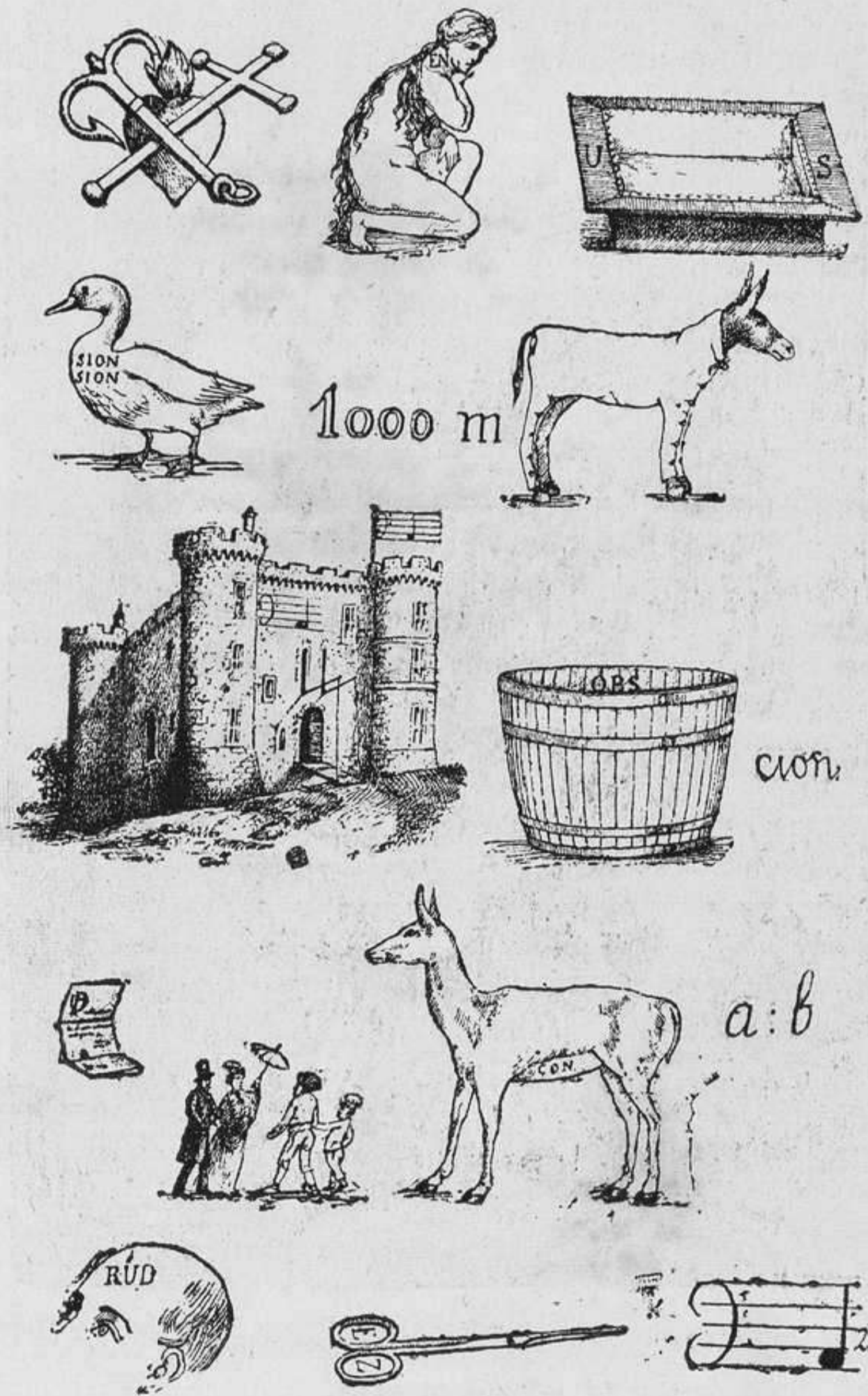
#### FUGA DE VOCALES

L. p.z, l. .rm.n..  
L. d.le. q...t.d  
it.d. .s. .lm. m..  
s.nt.r m. h.c.s t.!

#### FUGA DE CONSONANTES

e. .ue.e .a. e..o..i.a  
.ue .o .e .ie.a .e.i.,  
.o. .ue e. .a.c. .e .o.i.  
.o .e .ue.a á .a. .a .i.a.

#### GEROGLÍFICO



Soluciones al número del 1.º de Enero.

#### CHARADAS.

Na-ci-mien-to. Agui-nal-do.

#### ROMPE-CABEZAS.

- A—M—anda.
- C— a—lamanda.
- A— t —anasia.
- C— i —riaca.
- E— l —isa.
- E— d —iltrudis.
- M— e —rcedes.
- A— D—ela.
- F— i —lomena.
- L— e —ocadia.
- A— z —a.

#### FUGA DE VOCALES.

Dice el cura que es pecado contigo niña soñar, á fé que la penitencia la llevo en el despertar.

#### FUGA DE CONSONANTES.

Dicen que una mujer buena ni con candiles se hallará. ¡qué demonio de candiles! buscadla con luz de gas.

Han acertado las soluciones D.ª Antonia Gómez, doña Petra Luca de Robles y D.ª Rosa Segarra de Lopez.

Las fugas de vocales, consonantes y rompe-cabezas, D.ª M. R. de G. y D.ª Margarita Vazquez. Fuga de vocales y rompe-cabezas, doña María Carvajal, D.ª Gloria Fuster del Villar y D.ª Aurelia Casamayor. Las fugas, D.ª Antonia Diaz y Rodriguez. Rompe-cabezas, D.ª M. D. de A. T. y D.ª Andrea Comas. La fuga de vocales, doña Manuela Fernández.

Suplicase á las señoras suscriptoras que remitan con la posible anticipación las soluciones á fin de que puedan publicarse á la salida del número correspondiente.

#### BARCELONA:

Imprenta de Luís Tasso, Arco del Teatro, números 21 y 23.

TRAJES DE MÁSCARA



12.—Traje oriental.



13 y 14.—Trajes de época.



15 y 16.—Estos modelos representan los números 13 y 14 vistos por detrás.



17.—Traje nacional ruso.



18.—Delantero del traje de señora feudal, número 20.



19.—Dominó de raso blanco y damasco blanco y rosa.



20.—Traje de señora feudal francesa.—21.—Traje de la clase media de 1791.



22.—Delantero del traje de la clase media de 1791, núm. 21.



23.—Traje de pavo-real.